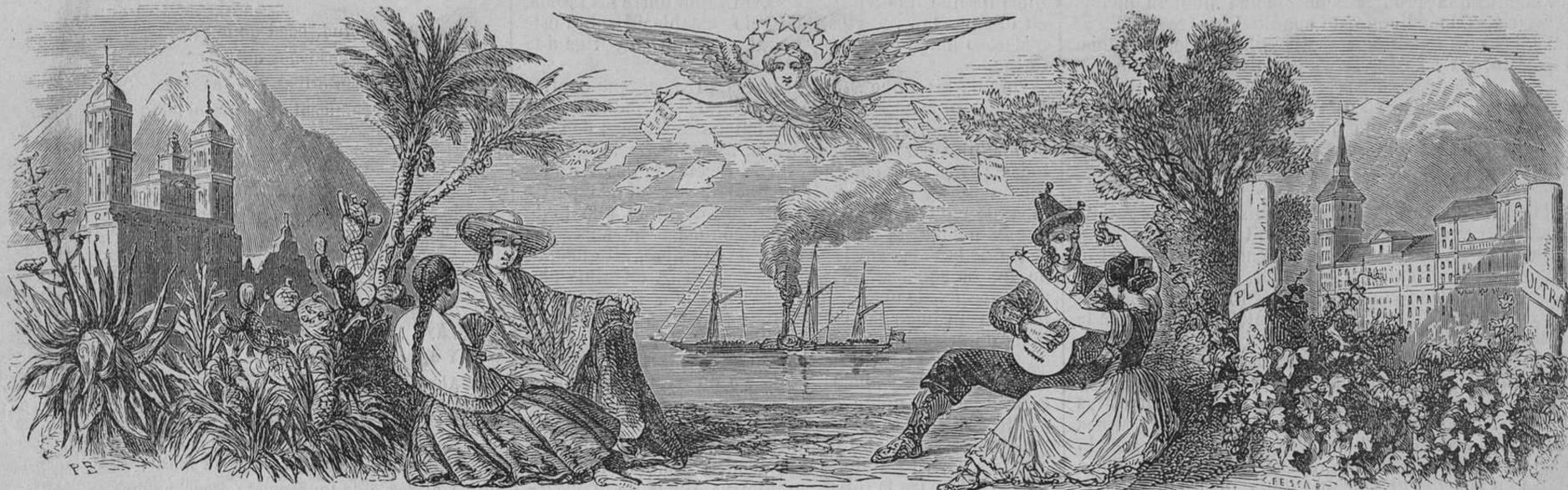


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 886.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

La duquesa de Aumale; grabado. — **Definiciones del amor.** — **Poesías:** En un banquete de amigos. — **Meditación.** — **Luto y recuerdo.** — **La miseria en Londres: Vista de la puerta de un refugio;** grabado. — **Revista de París.** — **El Concilio ecuménico;** grabados. — **La mujer de los siete maridos,** novela original por Julio Nombela. — **Nuevo París:** «El Splendide hotel;» grabado. — **Con la edad cambian los gustos,** estudios por Valentin; grabados. — **Visiones.** — **El cerrajero de Filadelfia.** — **Teatro de los Bufos Parisienses:** «La Princesa de Trebisonda;» grabado.

La duquesa de Aumale.

La familia de Orleans acaba de sufrir una nueva desgracia. A consecuencia de una larga y dolorosa enfermedad, la duquesa de Aumale ha fallecido en Twickenham, cerca de Londres, el domingo 4 de diciembre de 1869.

María Carolina Augusta de Borbon, duquesa de Aumale, era hija de Leopoldo, príncipe de Salerno, de la rama napolitana de los Borbones, y de María Clementina, archiduquesa de Austria.

Nacida el 26 de abril de 1822, pasó los primeros años de su vida en la corte de Viena, é hizo su entrada en el mundo bajo los auspicios de su madre y su abuela la emperatriz Carolina, tercera mujer del emperador Francisco I, su abuelo.

Hallábase en la flor de su edad, cuando su familia volvió á residir á Nápoles. El 25 de noviembre de 1844 se casó con el cuarto hijo de Luis Felipe, el duque de Aumale, nacido como ella en 1822, y que se había distinguido por su brillante campaña de Africa y principalmente por la captura de Abd-el-Kader.

La duquesa de Aumale ha tenido seis hijos que ha perdido de tierna edad, excepto el joven duque de Guisa, nacido el 5 de enero de 1854 en Twickenham, y que es en la actualidad el último representante de la rama de Condé.

A su salida de Francia, la familia de Orleans se instaló primeramente en Weybridge, mas abajo de Twickenham. La muerte hizo en la familia numerosas víctimas que desde 1849 tienen su sepultura en Weybridge.

El viernes último se abrió ese sepulcro para recibir el féretro de la duquesa. En un salon transformado en

capilla ardiente y cuyas paredes estaban colgadas de terciopelo negro con la cifra de la duquesa, celebró la misa de los funerales M. Weld, prelado católico romano. Todos los miembros de la familia estaban presentes, el desdichado duque de Aumale y su hijo el duque de Guisa, el conde y la condesa de Paris, el duque y la duquesa de Chartres, los duques de Nemours, de Alençon, de Penthièvre, el príncipe y la princesa de Joinville y otros parientes y amigos que no contenían sus lágrimas.

En torno de la familia se agrupaban los embajadores de Austria, de Prusia, de Baviera, de Bélgica, de España, de los Estados Unidos, etc.; lord Clanricarde, lord Granville, lord Russell, el duque Decazes, el baron y la baronesa Lionel de Rothschild, los condes de Bouillé, de Grave, de Bondy, etc.

El general Dumas fué enviado á Weybridge para recibir al príncipe de Gales y sus hermanos, que habían querido acompañar á su última morada los restos de la que fué duquesa de Aumale.

R DE M.

Definiciones del amor.

(Conclusion.)

Efectivamente; si se advierte tambien el esmero no menos tierno de las abejas y de todas las familias de moscas armadas, que alimentan sus crias con miel, y las defienden con tanto valor, se verá igualmente que el instinto que los guía á ejecutar estas cosas es proporcionado á la inteligencia que muestran en otras; y que las que hemos citado no pueden nacer sino de una inspiracion material.

En las aves se halla mas determinado este instinto; ¿cabe vista mas embelesante que el observar el cuidado del ruiseñor, de la silvia, del canario y de todos los pájaros cantores para con su familia? Y nótese que los nidos mejor hechos, los desvelos materiales mas cariñosos se hallan en las razas mas inteligentes; los cuadrúpedos nos ofrecen tambien las mismas relaciones: comenzando desde los mas salvajes y feroces hasta los mas débiles y medrosos, en todos ellos su amor maternal corre parejas con su valor, su astucia y las prendas que les son propias. Se podría añadir que la civilizacion, desenvolviendo la inteligencia en algunas especies, aumenta el afecto maternal. Podríamos citar ejemplos muy curiosos en apoyo de esta proposicion, pero no lo permiten los límites de este artículo.

Si cada especie de animales, segun su porción de inteligencia, denota tan claramente las sabias miras del Criador, ¿qué será el amor de la familia en el hombre, que colocado en el punto mas alto de la escala de los seres, reúne en sí todos los instintos, todos los afectos, toda la inteligencia de los demás vivientes?

El amor maternal, este afecto de las mujeres, manantial para ellas de las mayores virtudes, de los mas santos deberes, de los goces mas puros, brilla en ellas con todo su esplendor: á ellas ha confiado Dios el cuidado de alimentar la vida, y dóciles á las leyes del Eterno, cumplen fielmente su augusta mision. «Con negra misantropía, dice el baron



La duquesa de Aumale.

Massias, profundo y juicioso autor del *Ensayo sobre el instinto y la inteligencia de la vida*, en buen hora el naturalista latino nos representa al recién nacido arrojado como un vil fardo sobre la tierra, desnudo, desvalido y mas miserable que otro cualquiera animal, llorando el funesto beneficio que acaba de recibir, y saludando la luz con sus llantos y gemidos; á esta pintura sombría, á esta siniestra acusacion, ¿qué responde la naturaleza?... Yo le he dado una madre... en ella ha recibido cuanto le falta, cuanto una pródiga benevolencia hubiera podido dispensarle. Dependiendo de cuanto le rodea, los mas tiernos desvelos le harán imperceptible la dependencia. Sus necesidades y deseos se verán adivinados y prevenidos antes de venir á serlo: estrechos abrazos y miradas tiernas le indican que no está abandonado; el seno que le reanima está rebosando vida y cariño.

Su primer grito fué una señal de vida y de súplica; su primera sonrisa es otra señal de reconocimiento y de bienestar; él ve errar en los labios maternos esa sonrisa; estudia en sus movimientos el mecanismo de sus sentidos; sus ojos ayudan un oído poco inteligente todavía; y pronuncia en fin el nombre de su padre, cuyo corazón late de ternura y orgullo; de día en día despliega sus facultades, auxiliado por este medio primero de perfeccion y de sociabilidad, órgano de la inteligencia y prenda exclusiva de la raza humana. »

¡Amor maternal! ¿quién, al oír este nombre, no se siente profundamente conmovido? ¡afectuosos cuidados, halagüeñas caricias, consejos prudentes de nuestras madres, este nombre solo despierta en nuestras almas vuestro querido recuerdo! ¿qué hombre, por abrumado que se encuentre con el peso de su existencia, no siente dilatarse su corazón al recuerdo de la madre que le alimentó y que le cuidó en su niñez? instinto, afecto, pasión, amor maternal; vosotros, no hay duda, reunís y excedeis en fuerza, en poder, en duracion, todos los demás afectos del corazón humano; en vuestros brazos cariñosos ha depositado Dios la tierna esperanza de la humanidad; vuestro altar es una cuna, el jineceo (4) es vuestro templo, allí reináis exclusivamente; ¿qué valen para vosotras los deleites del mundo y la gloria de la vida? Atento, reconcentrado, sufrible, infatigable, oh tú amor maternal, tú velas en estos lugares, mansion de paz, de virtud, de poesía; con tus besos se desarrolla la joven frente llena de inocencia, y con los dulces acentos de tu voz se mitiga el dolor.

Pero, ¡bajo qué aspecto interesantísimo te veo aparecer, cuando, conformando tus desvelos y atenciones á la edad y á las necesidades de los tiernos objetos de tanta solicitud, diriges estas nuevas almas al amor del bien; y cuando, con una paciencia y una mansedumbre inagotables, siembras en aquel seno tierno, á cada hora, á cada instante, la preciosas semillas de la virtud, desviando los peligros de estas plantas delicadas y frágiles, á quienes amenaza sin cesar el huracán destructor de las pasiones y las tormentas del corazón!

VI.

AMOR FILIAL.

Cuando el hombre, este rey de las criaturas, examina con atencion é imparcialidad el lugar que ocupa en la tierra entre las otras clases de animales que le rodean, experimenta una justa humillacion, reconociendo que los otros animales atesoran la mayor parte de virtudes y pasiones de que él se envanece. Hay sin embargo una virtud de que él solo se halla dotado; un sentimiento que le es propio, un instinto del alma y de los sentidos juntamente, que le distingue, un ser aparte en fin por el cual parece que Dios haya querido señalar su superioridad sobre las demás criaturas: este instinto, este sentimiento, esta virtud, es el amor filial.

En efecto, en cuanto pasa la época de las primeras necesidades de la existencia, los animales olvidan y desconocen completamente á sus padres. No sucede lo mismo con el hombre; en el primer período de sus oscuras sensaciones, no ha tenido, así, como las bestias, sino impulsos secretos y mecánicos; pero, conforme se ha extendido la esfera de sus ideas, se dilata su afecto, se desarrolla con la razon, se convierte en fin en amor, piedad y virtud. El amor filial es nuestro primer código moral y religioso: él es quien nos impone el suave aprendizaje de nuestros deberes para con Dios y la patria, presentando á nuestros ojos al uno como un padre, juez y remunerador supremo, á quien hemos de temer y adorar, y á la otra como á una madre llena de sabiduría y de amor, á quien debemos venerar, querer y defender. De la mezcla de éstos diversos sentimientos nace este afecto, un poco tímido, pero apasionado; esta profunda gratitud, esta sumision respetuosa y tierna, que los antiguos reverenciaban bajo el nombre de *piedad*.

Moisés, para reformar las costumbres de su nacion y darle leyes, impuso como primer precepto: *honra á tu padre y á tu madre*; y de este precepto, dado de parte del mismo Dios, nacen los fundamentos del poder paternal, que sirvieron de norma á los pueblos. Esta superioridad natural, experimentada en el principio por el niño, ignorante y necesitado, é hija del consentimiento y deferencia suya hacia los autores de sus días, como homenaje tributado á la sabiduría y á la experiencia, parece haber servido de base al trono.

(1) Aposento de las mujeres entre los griegos.

En la infancia de los pueblos, el rey ó el jefe es siempre un guerrero ó un anciano, segun es de ver en los títulos de *ancianos*, *padres conscriptos* y *senadores* de las antiguas repúblicas; en tanto que los de los jefes de las diversas teocracias que han dominado el mundo, así como los de las órdenes religiosas que de ellas se derivan, indican los diferentes grados de la gerarquía de la familia.

El legislador hebreo colocó el amor filial en la primera línea de nuestras obligaciones. El sabio entre los sabios, en tiempos tan remotos, Confucio, estableció sobre este poderoso móvil el código moral que aun hoy rige á la China.

Uno de los cinco *kings*, ó libros divinos, que contienen los preceptos religiosos, morales y políticos del antiguo imperio, expresa muy extensamente los deberes de los hijos para con sus padres. Allí este afecto, que en todas partes está colocado en la escala de las virtudes secundarias y relativas, tiene algo de sagrado, y participa de todo el carácter de un culto. En el pueblo de que hablamos, el amor filial se complace en subir por el río de la vida, y á la manera de la interesante ficción de una creencia sencilla, por la cual juzga un alma piadosa que puede aplicar á un ser querido, todavía retenido en un lugar de expiacion, los méritos de una vida llena de privaciones y de sacrificios, en la China, el hijo de un hombre oscuro puede con su talento, sus virtudes ó sus brillantes acciones, honrar á un padre ya difunto; y en él la mas noble é interesante ambicion tiene por objeto ennoblecer á sus antepasados.

El amor filial, al inspirar tales virtudes á hombres célebres por su sabiduría y piedad, extiende el propio influjo sobre las familias en que es venerado, conservando en ellas la concordia y la paz. Plutarco nos ha conservado la memoria de la union y de la piedad filial que caracterizaban á la familia de los Elios, en Roma, sesenta miembros de la cual reconocian por jefe á Elio Tubero, yerno de Pablo Emilio. El anciano de Quereña, al contarnos las acciones de los hombres grandes de la antigüedad, nos pinta de un modo interesante el amor filial de Alejandro para con su madre, y el de Epaminondas para con la suya, y los nombres de Cleovís y Biton, del piadoso Eneas, de Coriolano, y de otros muchos, han ido ofreciendo de edad en edad modelos á la veneracion de la juventud.

VII.

AMOR DE DIOS.

Hé aquí el amor mas puro y el mas desinteresado, el cual se presenta acompañado de placeres mas encantadores que la sonrisa de una virgen y mas puros que el sol de primavera. No lo vereis con la frente arrugada por los afanes, ni con las mejillas surcadas de amargas lágrimas, fruto ordinario de los otros amores. Extranjero en la morada de los hombres, hollando con desdeñosa pisada sus alegrías vagabundas y engañosas, es un ángel que se lanza á los cielos, sostenido en alas de la esperanza.

Se abisma en la contemplacion de un Dios, mas amable aun que poderoso, conversa con los moradores del cielo, entona con ellos el cántico que resuena á los piés del Eterno. Tambien tiene pesares: pero son de tal naturaleza que ni fatigan al alma ni los ojos; su tristeza está llena de dulzura y su melancolía es sublime.

¡Dichoso aquel á quien Dios ha llamado á que le ame! ¡Dichosa el alma en quien ha hecho Dios lucir alguno de sus destellos! Es una suerte preferible á la posesion de los tronos pasajeros y de la gloria mundana; humo vano que nos seduce por un instante, y huye, dejando en su lugar pesares y tristes recuerdos.

El vacío de nuestras almas es inmenso, y la mayor parte de nuestras pasiones se abisman despues de haber reinado un instante. La amistad no goza dulces momentos sino en sus primicias; el amor que inspiraron los ojos de una mujer, desaparece de repente; la ambicion se devora á sí misma; cuanto mas feliz es, mas pronto llega á la nada de las cosas humanas.

Fenelon, cuya alma era demasiado hermosa para ligarse á la tierra, pasó por esta como un viajero que ansía llegar al término adonde se dirige. Amaba á Dios con mas candor que una virgen á su prometido esposo, con mas afecto que una madre al hijo que acaba de salir de su seno.

M. DE F.

Poesías.

EN UN BANQUETE DE AMIGOS.

¿Por qué al beber la copa, coronada
Con las hermosas flores del festin,
Os sorprendo el dolor en la mirada
Y oigo vuestros suspiros junto á mí?

Decid ¿tambien vosotros en el alma
Llevais el sello del dolor tenaz?...

¿Y tambien es mentira vuestra calma
Y vuestra alegre risa es falsedad?

¡Locura! ¿En el banquete de la vida
Siempre tiene lugar la juventud;
Y es su senda bellísima y florida
Y es su cielo magnífico y azul!

¡La juventud, edad de la esperanza,
Edad de los ensueños del amor,
Es un mar sin orillas y en bonanza,
Es un sol refulgente y sin calor!

¡Gire en torno, circule nuevamente
La copa del festin!... Mas ¡ay! ¿por qué
Cada vez mas se nubla vuestra frente?
¡Amigos de la infancia, responded!

« — Cubre sombra de horror la fantasía:
¡Ay! ¡Acaso mañana al despertar
Y al contarnos al sol del nuevo día
Alguno de nosotros faltará!

» ¿Dónde está? ¿dónde está? preguntaremos,
Latiendo el pecho en ansiedad febril;
Y al borde de un sepulcro escucharemos
La voz que nos responda: « Duerme allí. »

En el blando, dulcísimo extravío
De hermosa juventud gozaba ayer:
¡Hoy duerme el sueño del sepulcro frío,
Cubren su frente el mármol y el ciprés!

Que tal es del mortal la amarga suerte:
¡A cada paso un desengaño hallar
Y súbito en las sombras de la muerte
Fatigado sentirse desmayar!

Errante peregrino en un desierto
Que en el largo camino se extravió,
Miseró marinero, que del puerto
Salió alegre cantando y no volvió!

— ¡Ah! ya comprendo el hondo sentimiento
Que os domina: ¡Otro igual me asalta á mí!
Que tambien de un amigo yo lamento
La muerte prematura, el triste fin.

Jóven como nosotros, su destino
Fué el brillo del relámpago fugaz;
Sucumbió en la mitad de su camino,
Murió muy lejos de su dulce hogar (1).

¡Ay! en nuestros festines él estaba,
Juntos nos fiamos á la mar los dos:
Una tarde recuerdo que lloraba
Dando á la patria el postrimero adios.

En su pálida frente se leía
La impresion misteriosa del pesar:
¡No olvidaré la tarde de aquel día,
Aquel triste crepúsculo en el mar!

¡La brisa murmuraba mansamente,
El mar gemía con doliente voz,
Y en la bóveda azul y trasparente
Su último rayo derramaba el sol!

¡Dejadme consagrar á su memoria
Un recuerdo en las horas del festin!
¡Modesta fué su vida; y es su historia
Breve en el tiempo, pero eterna en mí!

Comprendo ya de ese dolor profundo
La causa que turbó vuestro placer...
¿Y esta es la dicha que promete el mundo?
¡Amigos de la infancia, responded!

(1) Estos versos aluden al malogrado jóven don Joaquin Echeverría, íntimo amigo del autor, que murió en el Callao, á la temprana edad de veinte y tres años, de vuelta de Europa, adonde habia ido con el objeto de restablecer su salud. La patria y la literatura nacional perdieron en él una de sus mas brillantes esperanzas; el autor uno de sus mas queridos amigos.

MEDITACION.

A DON ANICETO VERGARA ALBANO.

¡Qué bello es el crepúsculo que espira
Cuando del Illimani la alta cumbre
Del sol refleja la postrera lumbre
Que en los lejanos montes va á morir!
Desmayada en los brazos de la tarde
La luz se apaga, y cual cortina inmensa
La noche extiende su tiniebla densa
Tachonada de múltiple zafir.

Gazas flotantes de contorno vago
Se mecen en el pálido horizonte,
É imitan en la cumbre de algun monte
Suelto penacho en casco de metal.
Semejan esas nubes moribundas
Los recuerdos del alma que envejece;
Como ellas vagos, y en su centro crece,
Crece la sombra, á oscurecerse van.

¡Oh! ¡no se apaguen en el alma mia
Los hermosos recuerdos del pasado,
No quede entre las sombras sepultado
Sin ellos solitario el corazón!
¡No tienda el ángel negro del olvido
Sus alas silenciosas sobre mi alma,
Ni á turbar venga mi celeste calma.
La noche moribunda del dolor!

¡Mas, ved! Del Illimani se levanta
Con majestad la luna lentamente;
Serena brilla su argentada frente
En el azul del cielo tropical:
Sobre las altas cúpulas de hielo,
Que son del monte espléndido atavío,
Tiende su rayo trasparente y frío.
É ilumina su pompa y su beldad.

En su redor, cual bellas cortesanas,
La sigue inmensa multitud de estrellas;
Y ella se ostenta superior entre ellas
Como reina en la sala del festín:
Como reina ceñida de guirnaldas
Que arrastra vestidura majestuosa,
Y la mano va á dar de casta esposa
Al mas apuesto y noble paladín.

¡Salud, señora de la noche umbría!
¡Salud, ángel de paz de los dolores!
¡Emblema de los púdicos amores,
Amiga misteriosa del dolor!
¡Yo idolatro tu luz pálida y triste;
Yo te amo, ¡oh! luna, hermosa mensajera
De mi ardiente pasión, de la primera
Queja del alma en mi profundo amor!

¡Cuántos ayes mis labios exhalaban!
¡Cuántos himnos de mi arpa solitaria
No arranqué para tí! ¡Cuánta plegaria
No inspiraste al rebelde corazón!
¿Y acaso entonces á mis tristes quejas
No respondió, mirándote, mi amada?
Ella distante, pero no olvidada
¿No es verdad que otras quejas te confió?

¡Oh! ¡qué bello es amar cuando se encuentra
Un alma hermana para amar nacida,
Que unifique su vida á nuestra vida
Y confunda su ser á nuestro ser!
¡Alma que sienta con nuestra alma y gima
Con nuestros mismos trémulos dolores;
Que corone su sien con nuestras flores,
Y beba el mismo cáliz del placer!

¡Amar así es amar! ¡Bella es la tarde,
Bello es el sol cuando ilumina el día;
Bello es el mar cuando la luna fría
Va su luz en su espejo á reflejar!
¡Pero es mas bella la mujer que se ama
Con ese amor de fuego y de delirio!
¡Todo es sublime entonces: el martirio,
La gloria, el mundo, el llanto y el altar!

¡Oh! ¡qué bello es amar, cuando triunfante
Se avanza por la senda de la vida;
Cuando se siente el alma orgullecida,
Sin flaquezas de mengua y de baldón!
¡Cuando se lleva á la mujer que se ama
Un corazón con honra y sin mancilla,
Si en el la luz esplendorosa brilla
De dignidad y noble abnegación!

¡Solo es digno de amar el hombre honrado;
Riñe el amor con la cabeza oscura:
Quien no puede elevar su frente pura,
Ese, por Dios, no debe amar jamás!
Que la pasión mas santa se envilece
En un pecho cobarde y corrompido;
Y ¡ay! del ángel de luz que fué querido
Por el ángel fatídico del mal!

Mas ya murió la tarde: la alta luna
Recorrió la mitad del firmamento,
Y cruza misteriosa á paso lento
El cristalino cielo tropical.
¡Silencio reina: el Illimani augusto
Levanta audaz su gigantesca frente
Plateada, magnífica, imponente,
Mas sublime en la inmensa soledad!

¡Centinela constante de la noche,
Inmóvil vela la ciudad lejana,
Aguila de la tierra boliviana,
Fiera con su altivez, la heroica Paz!
¡Señora de los Andes, la acaricia
El tranquilo rumor del viento leve,
Que impregnando sus alas en la nieve,
El ósculo de paz le va á dejar!

Suspendida, fantástica en las nubes,
Sobre puentes y en arcos sustentada,
Como nido de cóndores,alzada
En montañas de altiva magnitud:
En su silencio entre la sombra bella
Que llena el cielo, el campo y la montaña,
De dulce paz el pensamiento baña,
Y el corazón de incógnita quietud.

¡Todo convida á meditar: la noche,
El cielo azul, la luna trasparente,
Y la armonía vaga que se siente
En el valle, en el monte, en la ciudad!
¡Venid, almas tranquilas, empapadas
De amor, de sentimiento y poesía;
Venid, y al dulce son del arpa mia,
Conmigo juntamente meditad!

La Paz, 1866.

LUTO Y RECUERDO.

Ninguna como ella hermosa
Cuando ora humilde en el templo
Ante el ara prosternada
En religioso silencio.

Envuelta en su negro manto,
Que ondula en pliegues ligeros,
Hay en ella un no sé qué
De tristeza y de misterio.

Su pálida frente inclina
Cual marchito junco al suelo,
Y una lágrima purísima
Empañan sus ojos bellos.

Murmura su labio apenas
Trémulo ferviente ruego,
Y arranca suspiro débil
De su acongojado pecho.

¡Es el Ángel del dolor
Que alza su ruego al Eterno:
Es la Virgen que el artista
Acaricia en sus ensueños!

¿Por quién ora? ¡Ella es tan pura
Como un ángel de los cielos!...

¿Llora acaso un desengaño?
¿La aflige un remordimiento?

¡Ah, no! Vive en su memoria
Un tierno y dulce recuerdo...
¡Como lejana armonía
Solitaria en un desierto!

Y ella ruega en su oración
Por un hombre á quien adora,
Y á quien la suerte traidora
De sus brazos le arrancó:
¡Ella nació para él;
Él, si vivió, para ella!
Lo quiso Dios, y su estrella
Para siempre se eclipsó.

¡Se eclipsó! Y á la bonanza
Sucedió la desventura:
¡Tras el día noche oscura,
Tras la luz sombra de horror!
Y ella se rindió abatida
Porque sus ojos lloraron;
Sus galas se marchitaron
Y fué el Ángel del dolor.

Y no ya en su frente hermosa
Luce un rayo de alegría;
Que negra melancolía
La devora sin cesar:
Eleva súplica ardiente
En el templo santo, y llora
Por el recuerdo que adora
De su ilusión virginal.

¡Así en la lejana selva
Gime el ave solitaria,
Y es su canto una plegaria
De cariño y aflicción,
Cuando cazador impío,
Diestro en arrancar la vida,
A su consorte querida
Atraviesa el corazón!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

La miseria en Londres.

Acaba de ver la luz en Londres un nuevo periódico ilustrado, *The Graphic*, y la primera mirada que este colega recién llegado ha tenido por conveniente echar sobre la sociedad inglesa, no le permitió dejar en la sombra el cuadro de la miseria en la gran metrópoli del Reino Unido. El invierno es largo: la vida escabrosa, las privaciones son terribles, y el recuerdo del que padece se impone forzosamente á los felices de la tierra. *Rex sacra miser!*

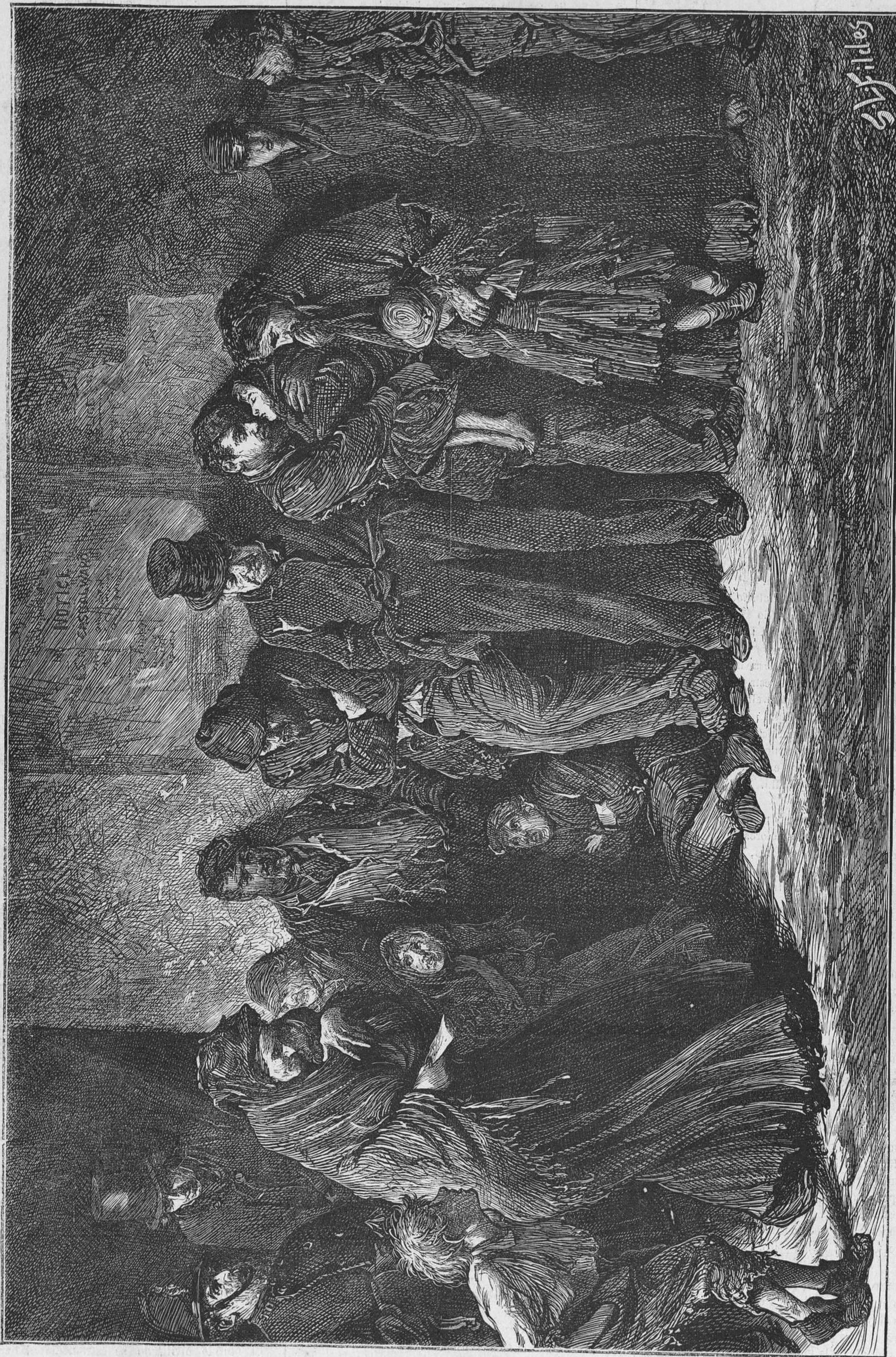
Reproducimos esa página elocuente del primer número del *Graphic*, dibujo que representa á la multitud de los mendigos á la puerta de lo que llaman en Londres una casa de refugio. No hay duda que los ingleses practican la caridad en grande escala, que multiplican los establecimientos filantrópicos, las casas de refugio y las de trabajo; pero de todos modos, Londres es siempre la ciudad del oro y de la miseria. La indigencia descende allí á una profundidad de que no hay idea en ninguna otra ciudad del mundo.

La escena en cuestión ofrece una fiel imagen de la inmunda turba de los miserables de Londres. Ancianos que se mueren de hambre, trabajadores sin trabajo por efecto de las huelgas forzosas, beodos degradados por la bebida, mujeres abandonadas por sus maridos, chicos que el hambre convierte en esqueletos, obreros que se entregan al mal por la insuficiencia de su salario, dolores de todas las edades y condiciones, todo eso rueda en monton al caer de la tarde hácia la puerta de esas casas de refugio donde el desdichado encuentra abrigo para una noche.

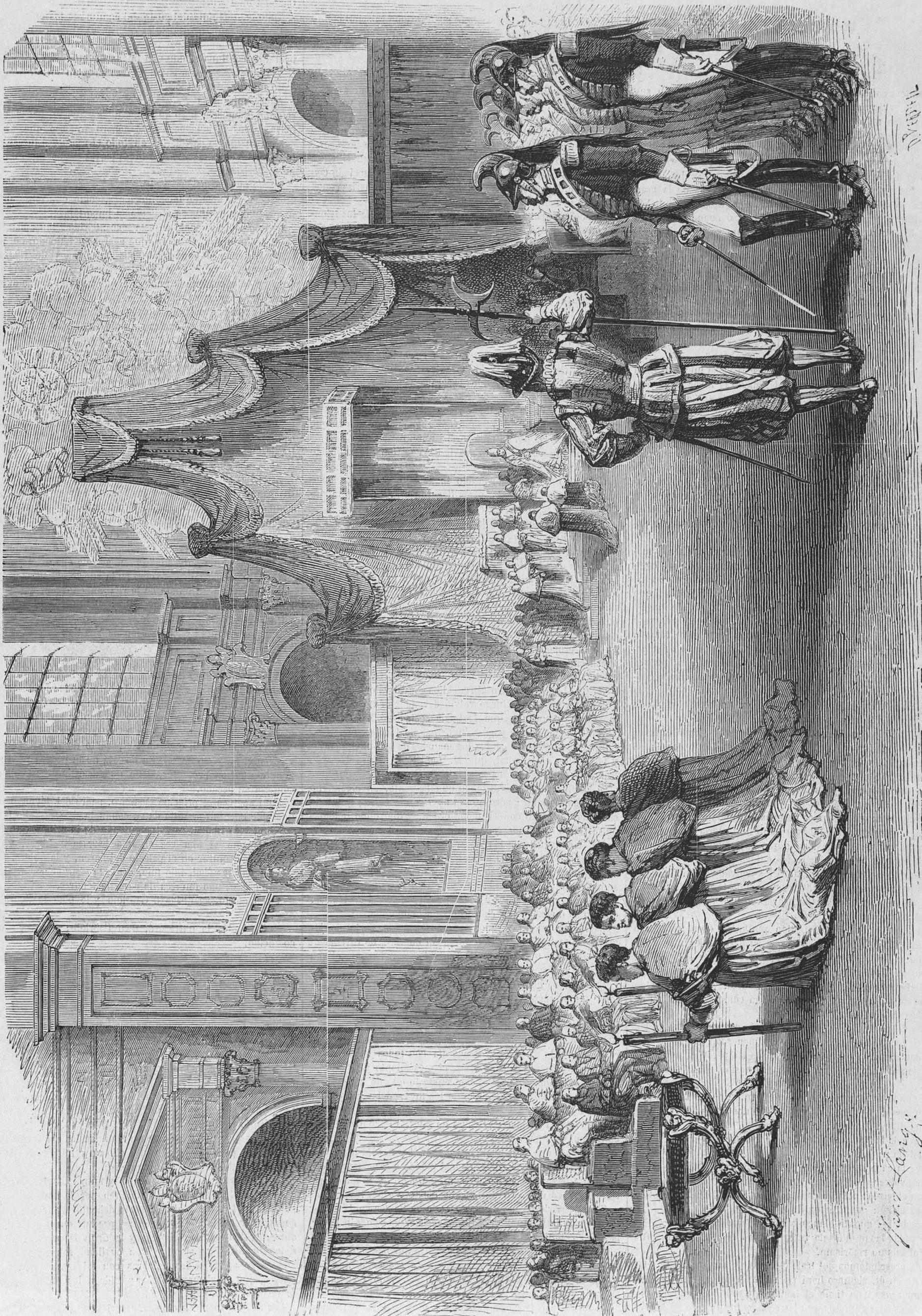
Hace tres ó cuatro años, un redactor de un periódico inglés quiso juzgar las cosas por sí mismo, quiso ver por sus propios ojos y tocar por sus propias manos los horrores de esa estancia, infierno mas terrible que el del Dante. Con efecto, se disfrazó de obrero, dijo que no tenía ni pan, ni trabajo, pasó una noche en una casa de refugio y el día siguiente contó en el *Daily-News* su espantosa odisea.

El mundo civilizado se estremeció al leer aquella relación, y el *Times* dijo hablando de ella: «El que ha escrito esas líneas puede decir que ha visto los infiernos.»

H. V.



LA MISERIA EN LONDRES. — Vista de la puerta de un refugio.



EL CONCILIO ECUMÉNICO. — La capilla del Adviento en San Pedro.

Revista de Paris.

Comienza el espectáculo. Los salones de París abren sus puertas, y vamos á asistir al conocido desfile de las mismas figuras, los mismos trajes, los mismos rostros y los sempiternos bailes. ¡Cosa singular! La crónica, durante el verano, se lamenta de que la vida y el movimiento de París se hayan diseminado por los puertos de mar y las estaciones termales: llega el invierno, se da la señal de las reuniones, las fiestas parisienses se multiplican por todos los ámbitos de la gran capital, y hé aquí que la misma crónica, después de haber descrito los primeros bailes, enmudece, ó cuando menos se hace de rogar para dar cuenta de los que se suceden como un vértigo, sin tregua ni descanso.

Un autor inglés dice que los noticieros son los conductos por donde pasa todo cuanto se hace y se habla en la ciudad, y que lo único que se les exige, es que pongan en circulación todo cuanto reciben, sin guardar nada para sí.

Perfectamente dicho; mas cuando el cuadro no cambia, cuando se baila hoy como se bailaba ayer y como se bailará la semana próxima, ¿qué puede hacer el cronista? ¿Hay nada mas monótono que escribir siempre lo mismo?

Pues tal es el caso de la crónica parisiense mientras dura el invierno: una vez que se ha designado el lugar de la fiesta, está dicho todo, á menos que no se redacten artículos de modas, donde pueden brillar en toda su riqueza las descripciones.

Pero este ramo exige una sección especial, y rara vez la crónica trata de las cosas de la moda fuera de ciertas generalidades.

Por ejemplo, puede decirse y discutirse el lujo de que se hace gala, cada día mayor en los salones parisienses: esta cuestion del lujo de las mujeres es inagotable.

¡Cuánto no se ha escrito contra su exageracion, y cuán pobres han sido siempre los resultados!

Aun está muy reciente aquella filípica del eminente magistrado M. Dupin, contra el lujo extraordinario de sus compatriotas. Estuvo severo, mas que severo, fulminante; todo el mundo aprobó sus argumentos, todos convinieron en que la refutacion era imposible; y sin embargo, el objeto que se propuso no se alcanzó, muy lejos de eso, si hoy resucitara y viera el incremento que en estos últimos tiempos ha tomado el lujo que él censuro con tan duras palabras, quizás recogeria su amonestacion por inútil, si no por pernicioso, pues á veces las críticas de esta clase suelen producir un efecto contrario.

El autor dramático Victoriano Sardou es otro ejemplo de esta verdad, no menos concluyente.

Su *Familia Benoiton*, que desde el principio hasta el fin es una sátira de las costumbres parisienses en lo que se llama los círculos de la moda, ha tenido el singular privilegio de generalizar todo aquello que tan justamente ridiculizaba.

Que no se cansen pues los enemigos del lujo, en presencia de semejantes resultados.

Lo cierto es que en todos tiempos se ha clamado contra los excesos. Pero si abriéramos un tomo de historia antigua, ¿no encontraríamos algo mas que lo que vemos en torno nuestro? ¿Qué mujer bebe hoy perlas fundidas como Cleopatra?

¿En qué convite les esperan á los convidados montañas de rosas para cuando se levantan repletos de la mesa?

Sí, el lujo antiguo era tan exagerado y costoso como puede ser el de nuestros días.

Un nuevo punto de la cuestion que quizás no se estudia lo bastante, es lo que contribuye por su parte el hombre á fomentar el lujo.

¿No se distinguen entre los hombres ciertos tipos que hacen del vestir la ocupacion principal de su vida, que dictan reglas de buen tono, que se presentan como los dechados de la elegancia del siglo?

El célebre conde de Orsay ha dejado su nombre á una levita, y todos sus contemporáneos concuerdan en decir que los figurines de modas se copiaban de su persona, porque él representaba siempre la mas alta expresion del lujo masculino.

El conde de Orsay decia que un hombre de mundo no podía menos de gastar seis pares de guantes diarios, y explicaba así sus diferentes usos:

Para por la mañana guiando el carricoche de caza: guante de piel de renjifero.

Para la cacería: guante de piel de gamuza.

Para volver á casa: guante de castor.

Para el paseo antes de comer: guante de cabritilla de color.

Para visita: guante amarillo.

Para baile: guante blanco bordado de seda.

En todas las prendas de vestir, hacia alarde el conde de Orsay del mismo rigorismo.

Pero prescindamos del traje que, en suma, por mucho que se gaste en él, siempre hará poca brecha en una gran fortuna; por acaso, ¿no tiene el hombre de mundo ciertos gustos cien veces mas ruinosos que las sedas y los encajes de las señoras?

Solo el ramo de los caballos basta y sobra para devorar cantidades fabulosas.

Y la moda lo quiere así: todo cuanto tiene relacion con el turf, interesa particularmente al hombre de mundo.

El mantener caballerizas para las carreras, cuando no es una industria, es una ruina.

¿Quiéren saber nuestros lectores qué precios alcanzan en París los caballos que se distinguen en los hipódromos?

Justamente, la crónica judicial de la semana nos va á suministrar sobre este punto los datos mas auténticos.

Hace dos ó tres años estuvo en Francia Khalil-Bey, que salió de París dejando fama de un hombre afable y generoso.

Aficionado á las cosas de la moda, Khalil-Bey quiso tener tambien su caballeriza de carreras, y habiéndose asociado con M. Laffitte, formaron entre los dos la célebre caballeriza conocida con el nombre del mayor Fridolin.

Pues sin embargo, á pesar de su reputacion y de los triunfos que alcanzaban en las carreras, los caballos del mayor Fridolin costaban caros, tanto que cada año sus dueños perdian cuando menos 50,000 francos.

Khalil-Bey se asustó algun tanto; pensó cuerdamente que era pagar demasiado el honor de figurar con brillo en el mundo elegante, y á fines de 1867 pidió la disolucion de la sociedad que le imponia tales pérdidas.

Con efecto, el 4 de febrero de 1868 se decidió la venta de la caballeriza, y Khalil-Bey, que á la sazón se hallaba en Niza, dió poder para que le representara su amigo M. Garin de Morflans. Señalóse el día de la venta.

Khalil-Bey fundaba grandes esperanzas en los resultados de la almoneda.

Con efecto, habia caballos de gran valor, que habian alcanzado grandes y brillantes triunfos, y se podía contar con que el producto seria por lo menos de 300,000 francos.

Mas no fué así, y de ello provino la cuestion que ha debido ventilarse en justicia.

Caballos que se habian tasado en 25,000 francos, se vendieron en la quinta parte, otros llegaron á la mitad, y ninguno alcanzó, segun parece, el valor que realmente tenia.

¿Qué ocurrió pues, que la mercancía sufrió tal descrédito? Vamos á decirlo.

Hubo un caballo por el cual M. Garin de Morflans ofreció, á nombre de Khalil-Bey, la cantidad de 7,500 francos.

Inmediatamente se le adjudica, y sobre la marcha el comisario reclama aquel dinero; M. Garin declara que ha comprado el caballo por cuenta de Khalil-Bey, y que no necesita pagarle en el acto, sino que compensará el precio de sus adquisiciones con las sumas que le correspondan, como sin duda se propone hacer por su parte M. Ch. Laffitte.

Sin embargo, el comisario insiste, se subasta de nuevo el caballo, y se queda con él M. Laffitte, por 5,100 francos.

M. Ch. Laffitte compró allí caballos por un valor de mas de 100,000 francos, que luego volvió á vender con gran ventaja, sacando por uno que le habia costado 5,500, mas de 18,000; por otro que pagó 8,200, mas de 13,000, etc.

Khalil-Bey reclamó contra los manejos de su antiguo socio, y pidió ante el tribunal, que M. Laffitte le pagará 157,450 francos á título de daños y perjuicios.

M. Laffitte contestó diciendo que la venta, en efecto, no habia sido brillante; pero que él no tenia la culpa; que todo se habia efectuado con el mejor orden, y que hubo, además de él, otros compradores, pues la reunion era numerosa.

No se convencieron los jueces con estas palabras, y juzgando que M. Laffitte habia impedido que el mandatario de Khalil-Bey pujara segun su deseo, le condenó á pagar á este la suma de 25,000 francos.

Debemos apresurarnos á echar nuestra ojeada á los teatros, que no se duermen por cierto en esta temporada.

Sabido es que á principios de año la mayor parte de las empresas teatrales nos ofrecen con el nombre de revistas el espectáculo de todas las cosas notables ocurridas en el año anterior, y presentadas casi siempre en caricatura.

Esta vez se habla mucho de la que se dispone en el Chatelet y que, segun se dice, ha de poner el colmo á todo lo mas asombroso que se ha visto hasta hoy en punto á maquinaria, trajes y decorado.

Ya se citan decoraciones de un gran efecto como la que representará la plaza de la Concordia con todos sus ornatos, los Campos Eliseos con los cafés, el movimiento y la animacion de una noche de estío. Por supuesto que no se olvidará á Mabilie que tanto contribuye en los meses del verano á dar vida á los Campos Eliseos.

Menos podia olvidarse el canal de Suez, el acontecimiento culminante del año.

Parece ser que veremos en la escena buques de todas las naciones, cruzando el célebre canal debido á la perseverancia de M. de Lesseps, y que aparecerá tambien una estacion de ferro-carril en un momento en que llegan y salen trenes.

El empresario ha puesto un cuidado particular en la construccion de la locomotora y de los coches que podrán llevar hasta cincuenta viajeros.

No recordamos haber visto nunca mas que figurado un espectáculo de esta especie, y desde ahora pronosticamos que si sale bien, todo Paris querrá ver á la locomotora surcando los rails de un teatro.

De no ser así, la empresa quedaria muy mal parada, pues se habla de una suma fabulosa, doscientos ó doscientos cin-

cuenta mil francos que tendrá de coste la revista que dará el Chatelet en 1870.

Todo esto es muy del gusto del comun de los mártires. Un espectáculo que no lo es menos, es el de los Bufos.

El teatrillo fundado por Offenbach para la ejecucion de sus operetas, continúa siendo una buena fortuna.

Las bufonías ó las bufonadas se suceden en él, con un éxito nunca desmentido.

Ahora mismo la *Princesa de Trebisonda*, tres actos del referido Offenbach, libro de MM. Nutter y Trefeu, hace las delicias de los aficionados á este género grotesco que, segun parece, cuenta ya partidarios en todo el mundo á juzgar por lo mucho que se ejecutan en todas partes las operetas de los Bufos Parisienses.

Quede pues, consignado el hecho en descargo de la crónica que debe ocuparse de tales funciones, como que representan una actualidad á que se atribuye su importancia.

El principal personaje en esta excentricidad tan aplaudida es el saltimbanqui Cabriolo, que aparece en medio de una plaza haciendo ó anunciando sus habilidades de rigor, á tiempo que se va á hacer el sorteo de una posesion magnífica que debe conferir la nobleza al que tenga la buena suerte de acertar el número privilegiado.

Pero ¿cuáles son las habilidades de Cabriolo?

Cabriolo extrae las muelas sin dolor, quita las manchas de las ropas, hace volatines, y sobre todo enseña una coleccion de figuras de cera que, segun dicen los carteles de su barraca, no tienen rival en todo el mundo.

No es él solo, sino que trabajan en su compañía ambulante su hermana Paola, sus dos hijas Zaneta y Regina y el payaso Tremolini, que aguanta su dura condicion porque está enamorado de Regina, en tanto que Zaneta ha conseguido cautivar al joven príncipe Rafael, no obstante la severa vigilancia que sobre él ejerce su preceptor Esparadrappo.

Nada mas singular que la historia de estos últimos amoríos.

Estaba anunciada una funcion, cuando hé aquí que Zaneta tiene la desgracia de romper las narices á la principal de las figuras de cera, la princesa de Trebisonda, y para no chasquear al publico, la joven se planta en lugar de la princesa.

Ahora bien, el príncipe Rafael que se contaba entre los espectadores aquella noche, adivinó que la figura en cuestion era de carne y hueso y quedó prendado de ella.

Un cambio radical sobreviene en la suerte del titiritero.

Cabriolo tenia un billete de la rifa en cuestion, tan buen billete que gana con él un palacio y el título de baron: de saltimbanqui pasa á millonario.

Inmediatamente toma posesion de sus tierras y Tremolini es su mayordomo.

Pero ¿qué puede hacer un volatinero en un palacio?

Aburrirse de día y de noche á pesar de las suntuosas comidas y de los paseos y de todo el boato que le rodea: pronto deplorará su feliz existencia de otros tiempos.

Afortunadamente, los asuntos de familia no tardarán en distraerle.

El príncipe Rafael, que no ha perdido de vista á Zaneta, concibe el proyecto de robarla de casa de su padre; pero sorprendido por su preceptor, tiene que desistir de su plan y confesar su pecado.

Aquí aparece el príncipe Casimiro, padre del joven galan, que pide cuenta á su hijo de su conducta.

— Sí, dice Rafael, estoy enamorado de la princesa de Trebisonda, que ví una vez en una barraca de feria, y que acabo de encontrar en el palacio del baron, y la quiero.

— Nada mas fácil, hijo mio, contesta el príncipe Casimiro, puesto que es una muñeca de cera, la tendrás.

Y con efecto, se dirige á Cabriolo y le pide la figura de cera.

— Corriente, la entregaré, dice Cabriolo; pero con una condicion.

— ¿Cuál es?

— Que he de seguirla yo con todos los míos al palacio del príncipe Casimiro.

— Trato hecho, contesta este.

Y para ocupar en algo á aquel baron tan aburrido con sus riquezas, le nombra conservador de su Museo, y le concede la condecoracion de su orden del Conejo encarnado (véase la página 32).

Reunido, pues, todo el mundo, cada cual se aplica á sus amores: Rafael, á quien no vigilan porque le suponen enamorado de una figura de cera, hace la corte á Zaneta, en tanto que Regina y Tremolini preparan su boda tambien, y todos se casan al mismo tiempo.

En este desatinado argumento abundan los chistes de brocha gorda; pero no hagamos por ello un crimen á los autores, pues trabajan á gusto del publico.

La partitura se compone de diez y nueve piezas, entre las cuales hay algunas que se distinguen por la novedad de su melodia, si bien en la mayor parte debemos decir que se encuentran reminiscencias de otras producciones del mismo autor, la *Cancion de Fortunio* y la *Gran Duquesa*. Pero de todos modos, hay siempre una cualidad sobresaliente: la música se aplica á las palabras con tal intencion y tanto acierto, que da el mayor realce posible á las bufonías que se suceden en la pieza.

Los actores merecen elogios, especialmente Mlle Van Ghell, que con su linda voz y su talento de actriz, personifica á la

perfeccion el papel del príncipe enamorado de la princesa.

Mlle Chaumont, que es la protagonista, compensa lo que la falta como cantante con tanta gracia y animación en su desempeño del papel de Zaneta, que se hace aplaudir con justicia.

Los demás artistas se hallan á la altura de lo que la pieza requiere, es decir, recargan la caricatura hasta sus últimos límites.

MARIANO URRABIETA.

El Concilio ecuménico.

Roma 1º de diciembre.

Las funciones del Adviento se celebran ordinariamente en la Sixtina, pero este año el papa las ha trasladado á San Pedro, en razón á la multitud de prelados llamados á tomar parte en ellas. La admirable capilla ilustrada por Miguel Angel habria sido demasiado estrecha en verdad para contener la crecida cantidad de miembros de la gerarquía católica que hoy se hallan en Roma. Con este motivo, pusieron en la parte superior de la nave principal de la basílica unos asientos en anfiteatro para el episcopado y los cardenales. En el fondo del ábside á algunos metros de la tribuna, se eleva el trono pontificio. Detrás se distingue la cátedra del príncipe de los apóstoles, sostenida por las colosales estatuas de Bernino, y coronada con una gloria llena de ángeles y serafines. Esta gloria que se halla á la altura de una ventana, está alumbrada por un campo trasparente de cristal amarillo, en medio del cual aparece el Espíritu Santo en forma de paloma. Desde la Confesion, la vista de este conjunto es magnífica. Nuestro dibujo representa la ceremonia del Adviento, cuando el oficiante que ha cantado la misa en un altar portátil (solo el papa celebra en el altar mayor), presenta al Padre Santo la hostia consagrada en la custodia. En primer término hay cuatro caudatarios, un guardia suizo y guardias nobles con el uniforme diario; detrás están los diplomáticos, los príncipes, los extranjeros de distinción, la reina de Wurtemberg, el gran duque y la gran duquesa de Toscana, el duque y la duquesa de Parma, etc.; y mas lejos los prelados extranjeros y la corte apostólica.

El primer domingo de Adviento dijo la misa monseñor Antici-Mattei, patriarca latino de Constantinopla: el segundo monseñor Ledovchowski, arzobispo de Posen; el tercero la dirá el cardenal de turno, y el cuarto monseñor Dreux-Brezé, obispo de Moulins.

Roma 10 de diciembre.

Hé aquí el ceremonial para la celebracion de la sesion inaugural del sacro Concilio ecuménico.

1. Todo el clero de Roma se colocará en orden á lo largo de la escalera regia, del pórtico y de la basílica.

2. Los eminentísimos cardenales y los reverendísimos padres del Concilio subirán al palacio del Vaticano por la escalera que está situada en el gran atrium y conduce á la biblioteca y el museo.

3. Cada uno se vestirá con los ornamentos sagrados de su dignidad en las salas designadas. Los eminentísimos cardenales se vestirán en otra sala de ornamentos, es decir, en la que el soberano Pontífice suele algunas veces vestirse de pontifical.

Los reverendísimos patriarcas se vestirán en la sala que precede, así como los auditores de la Rota, los capellanes de la cámara, los votantes y los abreviadores, los cuales se pondrán la pelliza.

Los reverendísimos primados, arzobispos, obispos y abades se pondrán la capa en la galería Juliana antigua del museo del Vaticano y próxima á las salas indicadas.

4. Los eminentísimos cardenales solamente con sus caudatarios y los reverendísimos padres sin acompañamiento alguno se reunirán inmediatamente despues en la capilla que está encima del pórtico de la basílica, y despues de una corta oracion, cada uno ocupará el lugar que le designen los *asignatores* (camareros encargados de indicar sus puestos á los obispos).

5. Los prelados y los demás oficiales, despues de haberse vestido los trajes de su clase, acudirán igualmente á dicha capilla sin que nadie pueda seguirles, y se colocarán en el lugar que se les señala.

6. Dos cardenales del orden de diáconos de los mas antiguos, el cardenal presbítero mas antiguo, dos protonotarios participantes y los demás encargados de llevar los ornamentos sagrados del papa, acudirán á la capilla Paulina.

7. El subdiácono apostólico designado para llevar la cruz papal y los otros dos que llevan los ciriales, irán igualmente á la capilla Paulina, en donde estarán tambien dos obispos para el libro y la vela.

8. El Sumo Pontífice, llegado á dicha capilla, va revistiéndose con los ornamentos sagrados: primeramente el amito, el alba, el cíngulo y la estola; despues pone incienso en el incensario, á cuyo efecto el cardenal presbítero asistente le presenta la naveta. El papa se pone en seguida la capa, el formal y la mitra preciosa.

9. El Sumo Pontífice va despues á la capilla situada

encima del pórtico de la basílica y al pasar por delante de los padres los bendice.

10. Coloca la mitra delante del *faldistorio* (silla bajo dosel) y puesto de rodillas ora por algunos momentos. Mientras está arrodillado, el cardenal presbítero le presenta el libro y el papa entona el *Veni Creator* que cantan los chantres, estando todo el mundo de rodillas.

11. Concluido el primer versículo todos se levantan y el Sumo Pontífice, despues de ponerse la mitra se sienta en la silla gestatoria.

12. Orden de la procesion:

Dos camareros *extra urban.* — Dos capellanes participantes. — Dos abogados consistoriales y dos promotores del Concilio. — Dos cubicularios honorarios eclesiásticos. — Dos cubicularios secretos eclesiásticos. — Todos los chantres de la capilla. — Dos abreviadores del Parque Mayor, escrutadores de votos. — Todos los votantes y entre ellos dos escrutadores de votos. — El maestro de hospicios sagrados. — Un capellan con la tiara ordinaria del Padre Santo. — Un capellan con la mitra sencilla que usa ordinariamente el Sumo Pontífice. — El turiferario votante con el incensario. — El subdiácono apostólico, revestido de ornamentos sagrados lleva la cruz papal entre dos acólitos votantes con ciriales. — Los abades generales. — Los abades *nullius*. — Los obispos. — Los arzobispos. — Los primados. — Los patriarcas.

Todos revestidos con los ornamentos arriba indicados, y colocados por orden de promociones, siguen:

Los cardenales diáconos. — Los cardenales presbíteros. — Los cardenales obispos.

(Los reverendísimos obispos, arzobispos, primados y patriarcas llevan tras de sí un capellan con sotana, y los eminentísimos cardenales además del capellan el caudatario.)

El cardenal presbítero mas antiguo, con capa, va en la última fila de cardenales de su orden. Al llegar á la puerta de la capilla todos se ponen la mitra.

Vienen en seguida: El senador y los conservadores de la ciudad, y los demás jefes encargados de la guardia del Pontífice. — El vice-camarlengo, vestido de capa, á derecha del príncipe asistente al trono, guardia del Concilio. — Dos protonotarios participantes, notarios del Concilio y el cardenal que ha de cantar el Evangelio en la ceremonia sinodal, entre los dos cardenales asistentes. — Dos maestros de ceremonias que asisten al papa. — El Sumo Pontífice en la silla *gestatoria* y bajo palio, cuyas varas llevan los referendarios. — Dos camareros secretos (*cubicularii*) supernumerarios llevándolas. — El dean de la Rota, ministro de mitras, entre dos camareros secretos eclesiásticos participantes. — Los gentiles hombres de armas y los maceros de servicio á los dos lados del Soberano Pontífice. — Ocho chantres que prosiguen el canto del *Veni Creator*. — El auditor y el tesorero de la cámara apostólica con el mayordomo de Su Santidad, de capa. — Los cuatro protonotarios, entre los cuales se encuentran el vice-secretario del Concilio y el jefe de la cámara del papa, todos de capa. — Los generales y vicarios generales de las congregaciones de regulares. — Los generales y vicarios generales de las órdenes y de las congregaciones domésticas que no tienen uso de mitra. — Los generales y vicarios generales de las órdenes mendicantes, todos con el traje de su instituto y los de los sacerdotes regulares con el bonete en la mano. — Los oficiales del Concilio, esto es, dos ayudantes de notarios que si pertenecen al cuerpo de camareros de Su Santidad, vestirán sotana morada y ferruero del mismo color. Si son del clero secular, llevarán sotana solamente. — En último lugar, despues de los oficiales del Concilio, vendrán los estenógrafos con sotana.

13. Al llegar á la puerta de la basílica todos se descubren y al pasar por delante del altar papal hacen la genuflexion ante el Santísimo Sacramento expuesto en dicho altar; entran en seguida en la sala del Concilio, y despues de hacer una reverencia delante del crucifijo del altar, van á ocupar cada uno el sitio que les hayan señalado los *asignatores*. Al entrar el Sumo Pontífice todos se ponen de pié y se descubren.

14. Los capellanes de los reverendísimos padres del Concilio, despues de haber hecho la genuflexion, se dirigen inmediatamente á la capilla de San Simon y San Judas.

15. El cardenal decano que ha de celebrar la misa, y los demás ministros, como el sacerdote asistente, el diácono y el subdiácono, acompañados del maestro de ceremonias, de cinco acólitos con sus ciriales y de tres oficiales de capilla, se dirigen al altar de la sala y esperan la llegada del Sumo Pontífice.

16. Los eminentísimos cardenales ocuparán el banco colocado delante del altar papal.

17. Los dos obispos con el libro y la vela se colocarán delante del altar cerca del *faldistorio*.

18. El Soberano Pontífice baja de la silla *gestatoria* á la entrada de la basílica, deja la mitra, se acerca al altar papal y se prosterna sobre el *faldistorio*.

19. Los chantres cantan hasta el penúltimo versículo del *Veni Creator*.

20. Durante ese tiempo los generales y vicarios generales hacen la genuflexion, entran en la sala del Concilio por la puerta lateral, próxima á la capilla gregoriana de la Virgen y ocupan sus puestos.

21. Despues del canto del último versículo del *Veni Creator*, el Sumo Pontífice recita las antifonas y las oraciones.

22. Terminadas estas, los cardenales, despues de una nueva genuflexion, entran en la sala con sus caudatarios solamente, hacen la reverencia de costumbre ante el altar, y ocupan sus asientos.

23. El Sumo Pontífice hace de nuevo la genuflexion ante el Santísimo Sacramento, se pone la mitra, entra en la sala del Concilio, bendice á los padres y se va á rezar delante del altar despues de quitarse la mitra.

24. El cardenal decano comienza entonces la misa que se celebra como de ordinario.

25. En la misa no hay obediencia ni sermon despues del Evangelio, ni los cardenales bajan al *Circulus*.

26. Concluida la misa y rezada la oracion *Placeat*, el cardenal celebrante vuelve al *faldistorio*.

27. Los capellanes arreglarán en el altar un trono para colocar en él el santo libro de los Evangelios.

28. El obispo secretario del Concilio baja de su asiento, y despues de inclinarse delante del Padre Santo, se coloca cerca de la creencia. Entonces se levantan todos, y el obispo secretario, sin saludar á nadie, y descubierto, lleva el santo libro de los Evangelios al altar y le coloca sobre el trono que ha sido preparado.

29. Colocado el libro de los Evangelios sobre el altar, el obispo secretario vuelve á su puesto.

30. El obispo predicador revestido de capa y con la mitra en la mano, se dirige al trono pontificio, y hecha una profunda inclinacion delante de las primeras gradas de la escalera, sube esta, se acerca al papa, se echa á sus piés, le besa la rodilla derecha y pide la indulgencia.

31. Interin el obispo predicador va al trono pontificio, el sacristan menor dispone en el altar todos los sagrados ornamentos destinados al Sumo Pontífice.

32. El obispo pronuncia el discurso de apertura con la mitra en la mano.

33. Concluido el sermon, va el subdiácono apostólico con la cruz pontificia á los piés del trono pontifical.

34. El Sumo Pontífice se levanta despues de haber dejado su mitra y da la bendicion *sit nomen Domini*.

35. Los eminentísimos cardenales y los reverendísimos padres permanecerán en pié y descubiertos durante la bendicion; los abades y demás hincarán la rodilla derecha.

36. El obispo predicador publicará la indulgencia, bajará en seguida del púlpito y se volverá al puesto que le está designado.

37. En seguida se levanta el cardenal celebrante, hace la señal de la cruz sobre el libro, y en su persona, lee el Evangelio de San Juan, y vuelve con todos los ministros á la sacristía. Despues de desnudarse de sus vestiduras, toma la capa y va á sentarse entre los demás cardenales.

38. Dos obispos con el libro y la palmatoria se colocan cerca del Sumo Pontífice, el cual recita el salmo *Quam deliciu...*

39. El subdiácono apostólico, acompañado de dos votantes, lleva al trono las medias y las sandalias.

40. El Sumo Pontífice se pone las medias y sandalias.

41. El sacristan de Su Santidad sube al altar á tomar las sagradas vestiduras del Padre Santo.

42. Los votantes se colocan cerca del altar para ir llevando los ornamentos sagrados.

43. El cardenal diácono canta el Evangelio cerca del trono pontificio.

44. El cardenal mas antiguo de la orden de sacerdotes, revestido de capa, se acerca al trono y quita el anillo del dedo del Sumo Pontífice.

45. Los votantes llevan los ornamentos.

46. El cardenal diácono, arriba designado, quita al Pontífice, primero la mitra, la capa, la estola y el cordón. En seguida reviste al Sumo Pontífice los ornamentos de la misa, esto es, el cíngulo, la cruz pastoral, manípulo, estola, alba, dalmática, guantes y casulla. Ayudándole los otros dos cardenales.

47. El subdiácono apostólico toma del altar el santo Pálio, y lo lleva al trono acompañado de uno de los votantes, que tiene en la mano los alfileres de oro.

48. El cardenal diácono coloca el sagrado pálio al Sumo Pontífice.

49. El mismo cardenal pone la mitra en la cabeza del Papa y vuelve á su puesto.

50. El cardenal presbítero asistente vuelve á poner el anillo en el dedo del Sumo Pontífice, y despues se sienta.

51. En seguida tendrá lugar la obediencia. Los eminentísimos cardenales besarán la mano al Sumo Pontífice; los reverendísimos patriarcas, primados, arzobispos y obispos, despues de hacer una profunda reverencia al pié del trono pontificio besarán la rodilla derecha del papa; los abades, despues de una genuflexion cerca del trono, besarán el pié derecho del Sumo Pontífice.

52. El obispo secretario del Concilio, concluida la obediencia, irá á colocarse en el punto que le está designado entre los oficiales del Concilio.

53. Terminada la obediencia, los elérgicos de capilla preparan el *faldistorio* en la estrada del trono.

54. El cardenal primer diácono asistente, alza la voz y dice:

Orate.

55. El Sumo Pontífice deja la mitra y se prosterna sobre el *faldistorio*: los demás se ponen de rodillas en su sitio.

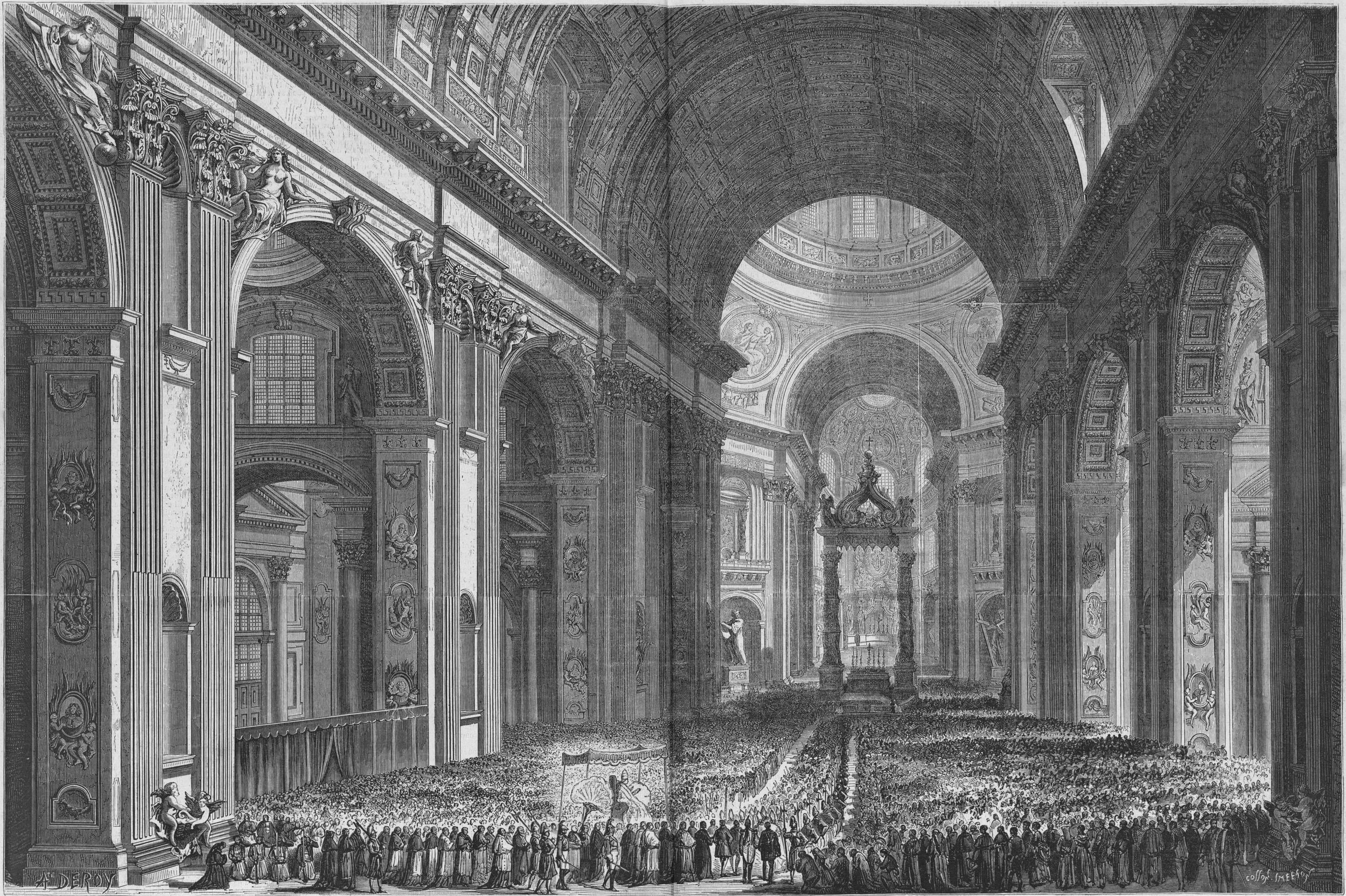
56. Mientras esto se hace se acercan los dos obispos, llevando el libro y la palmatoria.

57. Despues de algunos momentos de oracion, el Sumo Pontífice se levanta y canta en alta voz el *Oremus: Adsumus Domine*, etc. Al fin, todos responden: *Amen*.

58. El cardenal segundo diácono asistente se levanta el primero de todos, y dice en voz alta: *Erigite vos*.

59. Todos se levantan y permanecen de pié.

60. Los chantres cantan la antifona;



CEREMONIA DE APERTURA DEL CONCILIO ECUMENICO.— Llegada del cortejo á la gran nave de San Pedro.

Exaudi nos, Domine...

61. El cardenal primer diácono dice de nuevo en alta voz: *Oremus*.

62. Todos se vuelven á arrodillar, y oran durante algunos instantes.

63. El cardenal segundo diácono se levanta el primero, y repite:

Erigite vos.

64. Todos se levantan y permanecen de pié nuevamente.

65. El sumo Pontífice canta el *Oremus, Mentis nostras*, etc.

66. Terminada esta oracion, todos se vuelven á prosternar, sin mitra, excepto el papa, que usa mitra sencilla.

67. Dos chantres, arrodillados en el coro, cantan la letanía de los Santos.

68. El papa, continuando en el sitio mencionado, se levanta solo, y teniendo en la mano la cruz en vez del báculo pastoral (cayado) bendice al Sínodo por tres veces, diciendo:

Ut hanc Sanctam Synodum, etc.

69. Terminan las letanías.

70. Todos se levantan y permanecen de pié.

71. El papa dice: *Oremus*.

72. El cardenal segundo diácono *Flectamus genua*, y todos se arrodillan, excepto el Sumo Pontífice.

73. El cardenal segundo diácono dice: *Levate*, y todos se levantan.

74. El Sumo Pontífice recita en tono de fiesta la oracion: *Da quæsumus*; despues de la cual se vuelve á poner la mitra y vuelve á su silla, donde se sienta.

75. Los cardenales y Padres se sientan y se ponen la mitra.

76. El cardenal diácono que debe cantar el Evangelio y el subdiácono apostólico, se acercan á la credencia y toman el manipulo.

77. El cardenal diácono recibe el libro de los Evangelios, y llevándole segun el rito ordinario, le deja en el altar.

78. Se acerca al trono y besa la mano al papa.

79. Los acólitos, llevando los ciriales, permanecerán con el subdiácono delante del altar.

80. El cardenal presbítero asistente vuelve al trono pontificio á ocupar su sitio.

81. El papa bendice y pone incienso en el incensario que le presenta el cardenal presbítero.

82. El cardenal diácono, de rodillas y ante el altar, recita la oracion *Munda cor meum*, y tomando el libro que está sobre el altar, se une al subdiácono y á los acólitos.

83. El cardenal diácono, el subdiácono apostólico, los acólitos y el thuriferario van al trono pontificio á recibir la bendicion.

84. Recibida esta, el cardenal diácono canta el Evangelio.

85. Todos se descubren y se ponen de pié.

86. Cantando el Evangelio, el papa, besa el libro que le presenta el subdiácono, y es incensado por el cardenal presbítero asistente, que vuelve en seguida á su sitio.

87. El cardenal diácono y el subdiácono se quitan el manipulo y vuelven á su sitio.

88. Los acólitos y el thuriferario hacen lo mismo, despues de haber dejado el incensario y los candeleros.

89. Todos se sientan con la mitra puesta, y el papa dirige una alocucion á los padres.

90. Los clérigos de capilla vuelven á poner el faldistorio al pié del trono.

91. El cardenal sacerdote vuelve al trono para la asistencia.

92. El papa deja la mitra y se acerca al faldistorio.

93. Los dos obispos se aproximan con el libro y la palmaria.

94. El papa, despues que el cardenal presbítero le presenta el libro, entona el himno *Veni Creator Spiritus*, y se prosterna sobre el faldistorio.

95. Todos se arrodillan y se descubren.

96. Los cantores siguen cantando el himno.

97. Acabado el primer versículo, el papa se levanta continuando en su sitio.

98. Todos se levantan y permanecen de pié.

99. Se quita el faldistorio.

100. Los dos obispos se acercan con el libro y la palmaria.

101. Terminado el himno, el papa canta el versículo y la oracion sobre el libro que sostiene el cardenal presbítero.

102. Dos cantores cantan el *Benedicamus Domino*, y despues de responder *Deo gratias*, todos los cantores dejan la sala y se retiran á la capilla gregoriana de la Santa Virgen.

103. El papa se sienta y se vuelve á poner la mitra.

104. Todos los demás toman su mitra y permanecen sentados.

105. El prefecto de ceremonias manda salir de la sala á todos los que no tienen lugar en el Concilio, esto es:

El maestro de los sagrados hospicios;

Los otros prelados que no son oficiales, exceptuando sin embargo el subdiácono apostólico y el decano de la Rota;

Todos los camareros, lo mismo secretos que honorarios, excepto dos camareros participan es que sirven al Sumo Pontífice;

Los capellanes secretos y comunes; — los camareros extra; — los acólitos y los clérigos de capilla; — los porteros de vara encarnada (*virga rubea*); — Los caudatarios.

106. Habiendo salido todos los que no pueden tomar parte en lo que va á suceder, los porteros cierran la puerta por fuera.

107. La gran puerta de la sala del Concilio y las otras son guardadas con cuidado, y los porteros impiden la entrada por el exterior.

108. Los que no pertenecen al Concilio, permanecen en la capilla de la Santa Virgen y en la de Santa Petronila con las puertas cerradas por dentro.

109. El obispo secretario, con otro obispo que leerá los decretos, se acercan al papa y siguen en todo las reglas descritas por el obispo predicador.

110. El papa entrega los decretos que deben ser promulgados en la primera sesion, al secretario ó al otro obispo que debe leerlos.

111. El secretario ó el otro obispo sube al púlpito, y haciendo una profunda inclinacion al papa, se descubre y lee el titulo de los decretos: *Pius Episcopus, servus servorum Dei, sacro aprobante Concilio ad perpetuam rei memoriam*. Se vuelve á cubrir, se sienta y lee los decretos que deben ser aprobados en la primera sesion.

112. Terminada la lectura de los decretos, se levanta, descubre la cabeza y pregunta segun la fórmula de costumbre, á los cardenales y á los padres si aprueban los decretos leídos.

113. El secretario ó el otro obispo que ha leído los decretos, baja del púlpito y ocupa su sitio.

114. Los escrutadores y los notarios se ponen en medio del coro, y despues de una profunda genuflexion hecha al papa, se acercan á los cardenales y á los padres y reciben su voto.

Este ceremonial ha sido revisado y corregido cuidadosamente por Pio IX.

Ahora que conocemos el ritual de apertura del Concilio, corramos á San Pedro, pues ha llegado el 3 de diciembre, y desde el amanecer las inmediaciones de la inmensa basilica están llenas de fieles y de curiosos.

Lo malo es que llueve á torrentes, las calles están inundadas, no se encuentra un coche de alquiler, y si se encuentra alguno, el cochero tiene tales exigencias, que hay que dejarle. El puente San Angelo está lleno de carrozas de cardenales, de prelados, de príncipes, de diplomáticos y de una nube de gente á pié, todo el mundo con paraguas. Los cañones del fuerte hacen salvas, las campanas de las iglesias no cesan de tocar, y á las ocho de la mañana hay mas de 50,000 personas en el inmenso templo de San Pedro. La guardia palatina y los zuevos apenas pueden formar un cordón á lo largo de la nave principal. El calor húmedo y los vapores que se exhalan de ese hormiguero humano, son sofocantes.

A las ocho y media, un cañonazo y el tañido de la campana mayor anuncian que la procesion ha dejado el átrio superior y baja la escalera real.

Con efecto, algunos minutos despues aparece en el pórtico, y luego entra en la basilica salmodiando el *Veni Creator*.

Hé aquí el orden de la marcha: *Bussolanti*, — capellanes ordinarios, — capellanes secretos, — abogados consistoriales, — camareros de honor, — camareros secretos, — sochantres de la capilla pontificia, — colegio de los prelados, — maestro del Santo Hospicio, — turiferarios, — acólitos, — abates generales mitrados, — abates *nulius*, — obispos, — arzobispos, — primados, — patriarcas, — cardenales, — el papa, en la *sedia gestatoria*, con su acompañamiento de gala: príncipe asistente, guardias suizos, guardias nobles, monsignori, etc., — los prelados de *fiocchetto*, — los protonotarios apostólicos, — los generales de las órdenes, — los oficiales del Concilio sin rango en los colegios, — y los taquígrafos.

Nada es posible imaginar mas lujoso y pintoresco que este cortejo pontificio. Los obispos llevan la mitra blanca; se ven allí pastores de todos países, de todas las nacionalidades, algunos de ellos, como los de Asia, con vestiduras sobrecargadas de oro é impregnadas de perfumes, que llaman la atencion general. En cuanto al papa, aparece radiante de salud y anda con paso tan firme cuando deja la *sedia gestatoria*, que todo el mundo piensa desmentirá la famosa sentencia: *Non videbis annos Petri*. Los padres entran en el recinto conciliar, Su Santidad toma asiento en su trono, y principia la ceremonia.

Todo se hizo con arreglo al ceremonial que ya conocemos, salvo una variante, y es que las puertas estuvieron abiertas mientras duró la solemnidad, y que por lo tanto fué la sesion completamente pública.

Entre los personajes de distincion que llenaban las tribunas dispuestas en los lados laterales de la sala, se contaban la emperatriz de Austria, Francisco II, la reina de Wurtemberg, el duque y la duquesa de Parma, el ex-gran duque Leopoldo de Toscana con su señora, el conde y la condesa de Girgenti, el conde y la condesa de Caserta, el conde y la condesa de Trápani, todo el cuerpo diplomático, etc., etc.

La solemnidad duró siete horas, é intervinieron en ella mas de 650 arzobispos, obispos ó cardenales.

A. D.

La mujer de los siete maridos,

NOVELA ORIGINAL

POR JULIO NOMBELA

(Continuacion.)

Por ella supo la historia de Isabel y se la refirió á don Lupercio.

— Pobre muchacha, se dijo este, tan jóven y ya sola en el mundo. Es necesario que yo la trate, que conozca á fondo su carácter, y si nos convenimos mutuamente, me casaré con ella.

La señora Feliciana por su parte, habló á la jóven de don Lupercio, la anunció que el ama de la casa de huéspedes deseaba visitarla; Isabel accedió á recibirla, el ama se enteró de su nombre, de sus antecedentes, y la casualidad hizo que don Lupercio fuese sobrino de don Fabian, del venerable eclesiástico que había sido mentor de Isabel en los primeros años de su vida, y esto bastó para que la jóven aceptase con gusto la amistad de su vecino.

Los dos hablaron del anciano, é Isabel, que estaba agradecida, porque sabia que debía á don Fabian la fortuna que disfrutaba, no tuvo inconveniente en revelar su situacion á don Lupercio.

Este, que cada dia experimentaba mayor aprecio á la jóven, le aconsejó lo que debía hacer para conservar sus intereses, y con la mejor buena fe del mundo, y esperando que algun dia podría ofrecerle el titulo de esposa, se encargó de administrárselos.

Con este motivo se estableció entre los dos una gran intimidad.

Isabel no conocia el flaco de su amigo, y por otra parte, no temia que su afecto, al parecer desinteresado, pudiera trocarse en afecto egoista; así es que le trató desde luego con franqueza.

Don Lupercio iba á hacerla compañía; mientras ella cosía por la noche, él leía, con comentarios, las noticias de la *Correspondencia* ó las novelas que llevaba á la jóven para distraer su ánimo.

Como Enrique se enteraba de la frecuencia de sus visitas, aceleró sus proyectos.

Una noche quiso sorprenderlos.

— ¡Cómo va á palidecer al verme entrar en su casa cuando menos lo espera! se dijo.

Llamó á la puerta, la señora Feliciana le hizo entrar en el gabinete, y con asombro vió que ni la jóven se inmutó, ni don Lupercio se puso colorado.

La conversacion continuó, Isabel estuvo con él muy amable, don Lupercio muy obsequioso; y al retirarse:

— Está visto, pensó, que no son mas que amigos. Tanto mejor, de esta manera me ahorro una lucha con mi rival; pero es preciso que yo realice mis deseos.

Al dia siguiente estuvo á ver á Filomena.

— Usted que me protege, le dijo, va á aconsejarme qué es lo que debo hacer para convencerme de que esa jóven es indigna del interés que me inspira.

— Nada mas fácil.

— No pienso yo lo mismo.

— ¿Usted duda de mis palabras?

— De sus palabras de Vd. no; pero las apariencias engañan á veces.

— Averigue Vd. la verdad.

— ¿Y cómo?

— Hablándola con franqueza. Procure Vd. en una de sus entrevistas indicarle que sabe los misterios de su vida, exíjale Vd. cuenta de su conducta, y verá Vd. cómo se estremece, cómo cae anonadada bajo el peso de las acusaciones.

Enrique escuchó el consejo; pero su plan no fué exclusivamente anonadarla á fuerza de acusaciones, sino aprovecharse para sus fines de la turbacion de Isabel.

A este fin preparó sus redes con la mayor habilidad.

Por de pronto multiplicó sus visitas, y en todas ellas comenzó á hablar con la jóven de la tristísima situacion que atravesaban las clases proletarias.

— Voy á asociarla á Vd. á un buen pensamiento, le dijo un dia.

— Veamos cuál.

— Noches pasadas iba yo de paisano por una de las calles mas solitarias de Madrid, cuando de pronto se acercó á mí un hombre de mal aspecto, andrajoso, y en actitud amenazadora.

— Caballero, me dijo, estoy desesperado, mi mujer y mis hijos perecen de hambre, no tengo recursos, no encuentro trabajo, no tengo mas remedio que implorar una limosna, y si no me la dan, robarla.

— Su acento, añadió Enrique, me conmovió.

— ¿Y le socorrió usted?

— Hice algo mas, acordándome de usted.

— ¿De mí?

— Sí, de Vd., porque Vd. al reconciliarme con mi madre, me ha enseñado á ser bueno. Le pregunté las señas de su casa, le entregué una moneda, le ofrecí ir á verle al dia siguiente.

— ¿Y ha ido usted?

— Hasta hoy, lo confieso con rubor, hasta hoy no me he acordado; pero he ido y he hallado al pobre hombre enfermo, rodeado de cuatro niños, sin abrigo, sin pan, y de una mujer con todos los síntomas de la muerte.

— ¡Infelices!
 — Así es, que he pensado asociarme á Vd. para socorrerlos.
 — Ha hecho Vd. bien... se lo agradezco con toda mi alma.
 — En ese caso...
 Isabel no le dió tiempo para acabar la frase. Se levantó, abrió el cajón de una cómoda, sacó de él un billete de 200 reales y se lo entregó á Enrique. Este se despidió.
 — Con el tiempo irá á visitar á los pobres á quienes hoy socorre, y si va, la tendré en mi poder, se dijo.
 Pero para no malograr su plan, esperó.
 Filomena experimentó aquel mismo día una impresion dolorosísima.

XVIII.

LA MUJER Y LA MADRE.

Filomena tenía una hija de cinco años. Para que no la perjudicase en sus aspiraciones, aunque por su escasez de recursos no podía, la había dejado en un colegio.
 Ya hacia mas de ocho meses que no pagaba su pensión, y aunque en varias ocasiones le había suplicado la directora que arreglasen sus cuentas, había buscado toda clase de subterfugios y pretextos para evitar una confesion dolorosa, la de que no contaba con recursos para cumplir con ella como era debido.
 Había agotado los fondos que al morir le había dado doña Gumersinda, los muebles de su sala eran alquilados y no los pagaba, debía en los bazares sus vestidos y en las tiendas de comestibles su diario sustento.
 Aunque siempre hallaba salidas para aplazar el pago de sus deudas, llegó un momento en que los acreedores resolvieron sitiaria por hambre, ya que no conseguían liquidar las cuentas atrasadas.
 No hay para qué describir el apuro de Filomena.
 La mujer que había deslumbrado á sus admiradores con los atractivos de su belleza y excitado la envidia de las damas mas elegantes con el lujo de sus vestidos, era presa de un horrible sufrimiento en el interior de su casa, que borraba en su alma el recuerdo de los placeres que hubiera podido proporcionarle la vanidad del gran mundo.
 ¿De qué le servían sus trenes, sus trajes fastuosos, sus lujosas sillerías, sus cortinajes de seda, si todo aquello podía desaparecer en un instante y quedarle solo la vergüenza de su situacion y la realidad de su miseria?
 ¿Qué espacio podían dejar á su corazón las penas positivas que le ocasionaba la vida de la farsa y del desorden, para que gozase los ilusorios y efimeros placeres de la vanidad?
 Por otra parte, entre lo que perdía y lo que ganaba con sus mismos triunfos, había una diferencia inmensa, en contra de sus propios sentimientos.

¿Qué había conseguido al colocarse en primera fila, entre el séquito numeroso que avanza con ansiedad, tras del lujo y sus victorias pueriles, pretender un nombre en la sociedad frívola, que solo aplaude la forma, y buscar admiradores del exterior, sin cuidarse de las prendas que mas ennoblecen y honran, y para las que mas se debe buscar la fama, que son las prendas del espíritu?
 ¿Qué había conseguido, volvemos á decir, al tomar el centro del buen tono y ceñir la corona de la elegancia? Había conseguido dos cosas: ponerse en el camino de la seduccion, tener admiradores que se propusieran á toda costa hallar goces mundanos en su hermosura; esto la halagaba, satisfacía su amor propio de mujer, era un triunfo; pero ¡cuán pequeño y cuán poco envidiable si lo medimos con el precio que le costaba!
 Al lado de semejante resultado, había conseguido otro terrible; había abandonado á su hija, había empezado á extinguirse en su corazón el amor de madre, no se preocupaba de aquel ángel á quien había dado la existencia, no cumplía su mision, estaba enteramente dominada por la pasión de ser admirada, y su amor propio le hacia olvidar el que reclamaba para sí en sus cortos años una niña desventurada, que al decir «madre mia» no la hallaba tendiéndole los brazos, colmándola de caricias y enjugando sus lágrimas con el desvelo que solo tienen las madres.
 Filomena no lo era verdaderamente; la naturaleza había sucumbido ante el peso de las miserias del mundo; su pecho no latía con desahogo; había algo en su cabeza que la abrumaba; se dejaba arrastrar, á pesar suyo, de una corriente que devastaba cuanto á su paso encuentra; el orgullo era el único aliento de su alma, y había llegado á lo peor que puede ser una mujer en la tierra: mala madre.
 ¿Pero tenía tiempo de serlo buena? Su tranquilidad estaba siempre interrumpida por las personas que iban á exigirla el cumplimiento de sus compromisos; tenía que esconderse, que negarse aun á sus visitas muchas veces, que fingir historias y supercherías para calmar á los acreedores intolerantes, que suponíanse enferma, ¿quién sabe? La paz había desaparecido de su alma, y jamás apuraba el último bocado de pan en su mesa sin algun sobresalto, ni dormía toda una noche sin despertar mas de una vez azorada y temerosa.
 Una tarde acababa de resistir á una lucha terrible con un acreedor que le amenazaba con llevarla á los tribunales; acababa de recibir la noticia de que ya no le fiaban parte del sustento diario que traía de una tienda

cercana; había cundido la voz de la verdad de su estado, y empezaban á conjurarse contra ella todos los que podían temer la pérdida de sus intereses; empezaba á descorrerse el velo que cubría su situacion horrible, cuando sonó fuertemente la campanilla.

— Si es algun desconocido, ó alguna de las personas que sabes, dijo á su criada, dí que no estoy, que he salido para volver tarde, muy tarde, ¿lo oyes?
 La criada hizo su mandato con el despego y el mal humor que emplean todas las maritornes cuando sus amas no les abonan su salario con puntualidad.
 Todos los disgustos que hasta entonces había experimentado Filomena no significaban nada al lado del que iba á recibir.
 Un instante despues, entraron en la habitacion una señora y una niña.
 — ¡Mi hija! exclamó Filomena al ver á la última.
 — Sí, contestó la señora que la acompañaba: ha caído enferma, y como por las razones que Vd. sabe no es posible conservarla mas tiempo en el colegio, me ha encargado la directora que se la traiga á usted.

Aquel golpe era terrible.
 La pobre niña estaba lívida; todo anunciaba en ella una de esas enfermedades largas y de dolorosas consecuencias.
 En peor ocasion no podía haber llegado á casa de su madre.
 Pero la mujer frívola desapareció en presencia de la hija enferma, y dejándola en el lecho al cuidado de la criada, salió á buscar recursos.
 Cuando volvió, su pesadumbre era mayor que antes; había llamado á muchas puertas, y todas las había encontrado cerradas.
 Los acreedores se echaron encima de los muebles, el que los había alquilado reclamó, la criada se despidió, y sola, abandonada, sin recurso, sin amparo, quedó Filomena al lado de una cuna que iba á trasformarse en breve en una tumba.
 En esta angustiosa situacion trascurrieron algunos dias.
 La desesperacion despertó en Filomena el deseo de morir.
 Una noche estaba en la desierta casa al lado de la moribunda niña, y se decía:
 — Pronto seguiré á este ángel, gozándose en la esperanza de la muerte, cuando oyó llamar á la puerta.
 Abrió, y una mujer la siguió hasta el aposento en donde estaba la enferma.
 — Señora, dijo la recién llegada, una persona que sabe el aflictivo estado en que se halla Vd., le suplica que acepte estos recursos.
 Y al decir esto, le entregó un bolsillo lleno de monedas.

XIX.

CONTRA ENVIDIA CARIDAD.

Inmenso fué el asombro de Filomena, al ver que cuando todos la abandonaban, cuando su hija estaba á punto de exhalar el último suspiro, cuando creía que se acababa el mundo para ella, había una persona caritativa que pensaba en su dolor y que llegaba hasta su misma casa á ofrecerle consuelo.
 La emocion y la sorpresa impidieron á Filomena reconocer al pronto, en la mujer que le había llevado aquellos recursos, la anciana servidora de Isabel; porque mis lectores habrán comprendido desde luego, que la que llamó á deshora en la puerta de Filomena era la señora Feliciano.
 — ¿Quién es Vd., señora? le preguntó despues de una breve pausa, que aprovechó la portera en observar á la niña enferma.
 — Soy ama de gobierno de una señorita muy buena, que vive cerca de aquí; por los vecinos he sabido las desgracias de Vd., se las he contado, y como ella tambien ha sufrido mucho, y no puede ver lástimas sin socorrerlas, apenas se ha enterado me ha enviado aquí con el bolsillo que acabo de entregar á Vd. Por supuesto, añadió la portera, que yo soy una parlanchina; lo primero que me encargó, fué que no la dijese á Vd. una palabra, pero se me ha ido la lengua, y lo único que suplico á Vd. es que no me descubra nunca.
 La habitacion donde pasaba esta escena estaba medio á oscuras.
 Solo un lienzo de la pared estaba iluminado por el resplandor que proyectaba de una capuchina que había en el cuarto contiguo.
 Filomena no sabía qué decir.
 Tenía en sus manos el bolsillo que acababa de entregarle la anciana, podía con aquellas monedas apaciguar á sus acreedores, comprar medicamentos para su hija y buscar un buen médico; la felicidad se le entraba por la puerta bajo la forma de la caridad, y le parecía que estaba soñando.
 Viendo la señora Feliciano que nada le decía Filomena, se dispuso á partir.
 Al moverse, se colocó delante de la puerta, y gracias al resplandor que iluminó su rostro, pudo la madre desventurada ver sus facciones y reconocerlas.
 — ¿Cómo, exclamó de pronto, es á Isabel, á mi vecina, á quien debo el socorro que me ha entregado usted, señora?
 — No por cierto, contestó la señora Feliciano turbándose.

— ¡Oh! no lo niegue Vd., es ella, Vd. la sirve.
 — ¿Qué me conoce usted?
 — La he visto á Vd. entrar y salir en su casa, la he visto á Vd. en sus balcones, acompañándola, sé los motivos porque está Vd. á su lado... ¡Ah! sí, no me lo oculte Vd... es ella quien se ha apiadado de mis desdichas.

— Pues bien, ya que no hay otro remedio, confesaré la verdad. Mi señorita no es rica que digamos, pero puede sin perjudicarse desprenderse de la cantidad que la ha enviado á Vd. para que se remedie... Por otra parte, su mayor felicidad es hacer bien, pero tiene un genio tan raro que no quiere que se sepa; y si no quiere usted que se disguste, hágame Vd. el favor de no contarle nunca que ha descubierto Vd. su secreto.
 — ¡Oh! ¡Qué vergüenza, pensó Filomena cubriéndose la cara con las manos... yo la he perseguido, la he calumniado, y ella me colma de beneficios; es mi Providencia cuando no me quedaba mas camino que la miseria y la deshonra!

La señora Feliciano se alejó prometiendo á la afligida madre que al dia siguiente volveria á saber cómo estaba la enferma.

La primera diligencia que hizo Filomena fué mandar á llamar á un médico de los mas acreditados que vivía en la misma calle.

No tardó en ir el doctor, y despues de observar á la niña:

— Está atravesando el período mas crítico de su enfermedad; esta noche se resolverá la cuestion, y aun cuando la convalecencia será larga, aun espero que podremos sacarla adelante.

Filomena acabó de convencerse de la sublime verdad que ha formulado el vulgo al pronunciar esa frase: «La Providencia aprieta, pero no ahoga.»

Con la seguridad de poder atender durante algunos dias á sus necesidades, con la esperanza de ver á su hija buena, se calmaron sus penas, pero la conciencia aprovechó aquel instante de tregua para hablarla.

— He sido una miserable, se dijo, impulsada por la envidia he calumniado á ese ángel. Tarde conozco mi error, pero mi arrepentimiento es sincero y yo procuraré salvar su honra que tan villanamente he mancillado.

Filomena, que al olvidarse de que era mujer, para consagrarse á los deberes y á las dulcísimas emociones del amor maternal, había renunciado á la coqueteria, á las intrigas femeniles, las que hasta entonces la habían preocupado, prometió velar por Isabel, y como sabía que Enrique aspiraba á seducirla, juró librarla de las asechanzas de su antiguo cómplice.

Dios quiso premiar su contricion, y al dia siguiente cuando fué el médico á ver á la niña:

— Está ya fuera de peligro, dijo á Filomena, pero necesita mucho cuidado, porque una recaída seria fatal.

La señora Feliciano no dejó de ir un solo dia á saber cómo estaba la enferma.

Cuando se halló mejor, le hizo Filomena varias preguntas acerca de la amistad de Enrique con su ama.

(Se concluirá.)

Nuevo Paris.

EL « SPLENDIDE HOTEL. »

Los dos cuerpos de construcciones que forman sobre la avenida Napoleon y la calle de la Paix, plaza de la Opera, núm. 1, los dos lados del ángulo, cuyo centro ocupa la rotonda del *Splendide Hotel*, presentan la misma disposicion exterior, y los mismos adornos que los que rodean la plaza, aunque tienen mas lujo.

En el piso principal se ve un balcon monumental de piedra que ocupa todo el contorno de la rotonda y á la derecha y á la izquierda hay un hermosísimo balcon de hierro que recorre todas las fachadas. El piso segundo está coronado con un balcon monumental como el del primero, y finalmente, otro balcon ostenta su ligera balastrada en el cuarto piso del edificio, que tiene por remate una techumbre recargada de adornos.

Puede decirse que la disposicion interior no deja nada que desear, pues para tratarla se han tenido presentes las necesidades de un establecimiento semejante en una época en que los hoteles, por su *confort*, pueden considerarse como moradas régias.

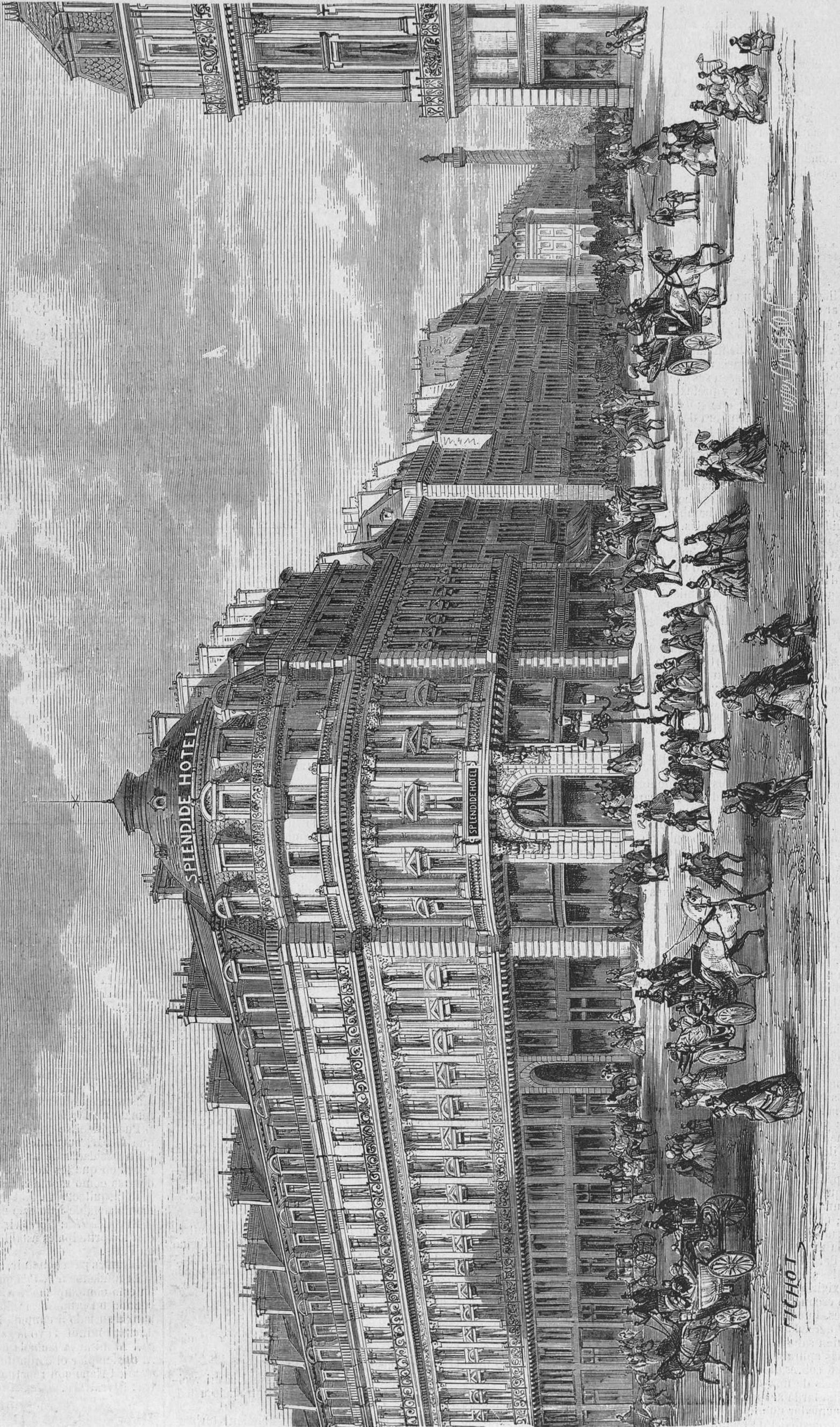
El arquitecto H. Not ha hecho una obra verdaderamente notable bajo este concepto.

El *Splendide Hotel* rivalizará en lujo y comodidades con los principales establecimientos de su clase que hay en Paris.

Diremos para concluir, dos palabras acerca de su título.

El fundador no sabía qué nombre adoptar, y pensando en esto contemplaba desde la calle su magnífica fachada, cuando un grupo de ingleses, americanos y franceses se paró á su lado á contemplar el nuevo edificio. En menos de cinco minutos oyó la palabra *Splendide*, cincuenta veces. Al mirar la fachada de la Opera decían: *Splendide*. Al contemplar el conjunto de la plaza y la entrada de la avenida Napoleon repetían: *Splendide*. Fué un rayo de luz: *Splendide, Splendide*: su hotel estaba bautizado.

P. P.



NUEVO PARIS. — El Splendide Hotel en la entrada de la avenida Napoleon, por el lado de la Ópera.

Con la edad cambian los gustos, estudios por Valentin.



A diez años.



A veinte años.



A cuarenta años.



A setenta años.

Visiones.

(Continuacion. — Véase el número anterior.)

Sumisamente crucé mis brazos al pecho, y continuaba en perfecto silencio, procurando, aunque en vano, cogerle una mirada. Viéndome él de esta suerte, sin disposición alguna á hostilizarle, llevóse la mano izquierda á la cara y restregó velozmente con los dedos el lado de sus afeitadas cejas. Me pareció inclinado á repasarlas segunda vez, al tiempo que oí dar en la puerta de la escalera una llamada, la cual reconocí ser del señor N..., el farmacéutico.

Igualmente la oyó el loco, de pronto perdió el color, y se quitó del espejo á cuyo frente había estado agachado.

— ¡Ah!... ¡ah!... gimió al paso que sus facciones tomaban un aire espantoso y palidez suma, trémulos todos sus miembros de piés á cabeza y sobresaltados todos sus músculos. ¡Es F... que... que viene por mí!

Soltó la navaja en el suelo, y enlazando sus manos acojido de celos, se retiró acurrucándose y escondiéndose en el sitio mas apartado del cuarto, desde donde prosiguió al rededor del pilar de la cama, asomando los ojos desencajados como si fueran á saltar de sus órbitas, y clavados en la puerta. Le oí frotar las cortinas del lecho, corriéndolas con mucho tiento como si pretendiera taparse y envolverse bajo sus pliegues.

¡Oh humanidad! Y aquel triste sér... aquel miserable maníaco... ¿era el otras veces jovial, recomendable y brillante M.??...

Embebí mi atencion un objeto solo, cual era la navaja en el suelo. ¡Cuántas gracias á Dios daba por el viso de esperanza que ahora había de poderlo aun enmendar todo, consiguiendo tomar posesion del arma mortal, y ponerla fuera de su alcance! Mas ¿cómo hacer esto? Escurríme gradualmente hácia el paraje donde quedó la navaja, sin perder su vista de la mia, ni él la suya de la puerta, procurando yo, tan luego como estuve bien cerca de la espantosa herramienta destructora, echarle la mano encima. Así lo hice y logré, dando apenas crédito á mis sentidos, y cuando me hallé dueño de aquella. No había hecho mas que apoderarme de mi presa, cuando se abrió la puerta y entró el señor N..., el boticario, tan sobrecogido y atribulado como puede suponerse, con el extraño aspecto de las cosas.

— ¡Ah!... ¡ah! ¡ah! Sois vos... ¡Vos anatomía!... y ¡vos emplasto! ¿eh? ¡se atreven á mofarse de mí en esos horribles términos! gritó el maníaco, y saltando de su sitio como un leon, marchaba al paraje donde el boticario confundido permanecía de pié y como yerto de terror.

Firmente creo que lo habría muerto, hécbole pedazos ó maltratado, si yo de un brinco no me hubiese arrojado entre el maníaco y el inesperado objeto de su venganza, gritando al mismo tiempo como por *recurso extremo*, con una repentina y enérgica llamada á sus temores:

— Acordaos... F..., F..., F...

— Me acuerdo... me acuerdo... tartamudeó el maníaco retrocediendo amedrentado.

Pareció quedarse petrificado, y temblando abatirse otra vez á su primera postura en la esquina del lecho, gimiendo:

— ¡Ay de mí! ¡desdichado yo! ¡Afuera... afuera... afuera!

Entonces me adelanté hácia el señor X..., que ni un paso se había movido, le mandé retirarse al punto, sacar de las salas á todas las mujeres, y volver cuanto antes pudiera con dos ó tres porteros de la posada, ó algunos otros mozos corpulentos que pudiese hallar inmediatamente, acabando por deslizarle la navaja en sus manos inadvertidamente, á mi parecer, y ordenándole que la pusiera en lugar seguro. Obedeció, y otra vez me encontré solo con el loco.

— M..., querido señor M..., una cosa tengo que decir á Vd... de veras; y es muy particular... particularísima. Comencé á arrimarme muy despacio, hablándole en tono suave.

— Pero Vd. se ha olvidado de *esta*... ¡ah bobo... bobo! replicó él fieramente, acercándose al tocador, y cogiendo de rebato *otra navaja*, la compañera de aquella conquistada por mí despues de tantas penas y riesgos, en la cual nunca ¡oh! detuve mis ojos.

Me dí por irremediamente perdido, y me resigné á esperar que me asesinasen, cuando vi el sediento ademán de sangre con que empuñaba la navaja, blandiéndola por encima de su cabeza, y que con asomos de una diabólica irrisión la dirigía de lleno hácia mí. Sin embargo, un momento despues temblaba por él, pues se la pasó velozmente y repasó por delante de la garganta, como si fuera á darse la fatal cuchillada, pero no tocó á la piel. Rechinaba los dientes con una especie de complacencia salvaje por el terrible poder con que sabia estar armado.

— ¡Ah, señor M...! piense Vd. en su pobre madre y hermanas, exclamé yo en tono lamentoso, ahogándome la voz una turbacion irreprimible.

Otra vez meneó la navaja ante mí con aire desconfiado; en realidad mostraba los dientes de un modo horrible con una sonrisa espantosa.

— Suponga Vd. ahora qué yo determino castigar la perfidia y vileza de Vd., y ¿qué le arredra... eh?

Así decia tomando la navaja, como si fuera á degollarse.

— ¡Cómo! ¿no sería mas noble perdonar y olvidar, señor M...? repliqué con tal firmeza, y cruzando los brazos al pecho, ansioso de aparecer enteramente sereno.

— Demasiado... demasiado... demasiado, doctor. Demasiado... demasiado... A propósito, ¿qué dice Vd. de una danza al compás de la navaja... eh? Al menos será una novedad.

Inmediatamente comenzó á bailar la danza de la montaña, y algunos otros bailes escoceses. Hice como que admiraba su danzar, aparentando un éxtasis de maravillado; le palmoteaba y grité:

— ¡Bravo, bravo!... Otra.

Parecía dispuesto á repetir; pero estando sumamente postrado, sentóse palpitante en el poyo de la ventana que detrás tenia.

— Cogerá Vd. frio, señor M..., sentándose á la corriente del aire, desnudo y sudando como está Vd. ¿Quiere usted ponerse la ropa? le dije yo acercándome á él.

— No, replicó secamente, amenazando con la navaja extendida.

Retrocedí en consecuencia, no sabiendo qué hacer, por no exponerme á jugar su destruccion ó la mia ensayando cualquier tentativa violenta. ¿Qué había pues de hacerse con un loco que tenia en la mano una navaja abierta? El boticario parecia tardar un siglo, y yo noté que comenzaba mi ánimo á abandonarme, pues me lo habían fatigado las mortales y peligrosas tretas del frenético. Otra vez, sin embargo, absorbieron mi atencion sus movimientos.

— Sí, sí, deliberadamente así... Estoy en extremo acalorado para necesitar esto ahora... decia quitándose el sudor de la frente, y mirando la navaja con fijeza. Me conviene calma y fresco... y despues... despues al sacrificio. Ah... el sacrificio... una ofrenda... una expiacion... así como Abraham... ya... ya... ya...

— ¡Un sacrificio, señor M...! ¡Cómo! ¿qué quiere usted significar? pregunté remedando risa.

Y digo remedando, porque la sangre á gotas me corría friamente por las venas, pareciéndome que se me helaba el corazon.

— ¿Qué, qué quiero significar? ¡Ah, infeliz... zopenco!... ¿Qué quiero significar? ¡qué! sino una oblacion de paz con mi Hacedor para expiar una vida mal empleada. Cualquiera pensaria que jamás ha oido Vd. hablar de religion, ni cosa semejante... Vd. es un salvaje...

— Pues yo niego que fuese acepto el sacrificio, y por dos razones, repliqué acordándome de que él blasonaba de casuista, y confiando armarle alguna nueva zancadilla para tenerle entretenido hasta que regresara el señor X... con auxilio; pero me engaño.

— Enhorabuena, doctor. Así sea por ahora. Al presente no estoy para desatar dificultades... que no... que no... Tiempo es de obrar... de obrar... de obrar; continuó alzando gradualmente la voz, haciendo vehementes gesticulaciones, y levantándose del asiento.

— Sí, sí, dije yo acaloradamente; pero aun cuando estrictamente hayais adoptado el parecer del Talmudista en echaros abajo las cejas por via de preparatorio...

— ¡Hola, hola... qué! ¡Usted ha visto el Talmudista?... ¿Usted mismo... en realidad?... Bien, añadió despues de una dudosa pausa: ¿en qué opina Vd. que yo haya faltado... eh?

Excusado es decir que yo mismo apenas sabia cómo había soltado la expresion; mas en casos de locura, varias veces he visto que *facilitando inopinadamente un camino á la conducta del paciente*, refiriéndola á una *causa* cualquiera con firme intrepidez, por absurda que dicha causa sea, han resultado los mas felices efectos, dejando suspensa la atencion del enfermo. Frecuentemente he recomendado este consejo á cuantos he tenido que instruir en el manejo de locos á mí confiado; y han quedado satisfechos del éxito.

— Mucho se ha aproximado Vd. al estilo que yo apruebo; pero cáusame extrañeza que las haya Vd. afeitado tan igual y uniformemente. Debió Vd. dejarse algunas aristas... ó surcos... para que les sirviesen de remate ó asemejaron al palo descortezado que Jacob plantó delante de las ovejas.

— Oh... sí... sí. Precisamente... cierto. ¡Extraño yerro! contestó entre sorprendido y parado por el fundamento del reparo, y se perdía en vanos intentos para corroborarlo con sus propios recuerdos. Acuérdome... ahora... pero ¿no es ya demasiado tarde?... no.

— Pienso que no, repliqué con titubeo aparente, creyendo apenas en el logro de mi singular estratagemata. Para quedar seguro, se requeriria suma delicadeza; pero como Vd. no se las ha afeitado muy á raiz, me parece que aun puedo enmendarlo, seguí yo como dudando.

— ¡Ah... ah... ah!... bramó el maníaco, lanzándome ojos de fuego. A mi orilla tengo sentado quien me dice que Vd. me trata alevosamente... ¡Eh... villano embustero!... ¡pérfido miserable!

En aquel momento abrióse la puerta suavemente detrás de mí, y en tono bajo y precipitado la voz del señor X..., el boticario, dijo secretamente:

— Doctor, aquí traigo tres mozos, que he dejado en la antesala.

Aunque para mí fué casi imperceptible el recado al decírmelo al oido, con gran pasmo mio lo oyó todo M..., y quedó enterado, como si algun oficioso favorito del mismo Satanás le hubiese avivado los oidos ó llevado hasta él la comunicacion.

— ¡Ah... ah!... ¡Badulaques... taimados... arpías. ¿Y qué valeis para mí vosotros con vuestros alquilonos?... Así... así os chasqueo... de esta manera.

Y saltando repentinamente al antepecho de la venta-

na, se asomaba, ponía luego los ojos en la navaja, y otra vez en mí con una de las mas tremendas miradas que haya encontrado en mi vida, llena de negra intencion diabólica, seguramente como si por un momento se las hubiese prestado el mismo Lucifer.

— ¡Qué... qué!... pronuncieó con fiera por entre sus apretados dientes, en tanto que su pié derecho, todavia en el poyo de la ventana, estaba pronto á saltar con él afuera, y sus ojos como antes viajaban rápidamente de la navaja á la ventana.

¿Cabe imaginar cosa mas inquietante para los que le estábamos observando? ¿Es posible que alguien pregunte: ¿Por qué no se abalanzaban Vds. á él con su robusto refuerzo y le avasallaban?

Se hubiera degollado antes que le pudiésemos someter; ó nosotros mismos, al menos uno, podiamos en la prueba haber sido asesinados ó lisiados cruelmente. No sabiamos qué hacer. M... apartó repentinamente la cabeza de la ventana, por donde había estado ojeando, al mismo tiempo que dando un estremecimiento como horrorizado, suspiró:

— No, no, no. Yo no podré... no puedo... por aquí está F... en pié debajo, con la cara toda ardiendo, con los brazos abiertos para cogerme.

Entonces dije yo á media voz:

— Ahora, ahora... arremetédle... asegúradle... todos tres á él y desarmadle.

Me obedecieron, y en el acto de arrojarle dentro del cuarto, M... súbitamente se cuadró en postura de reto, elevó la navaja hasta su garganta, y aullando dijo:

— Un paso... un paso mas... y yo... yo... yo... así; haciendo ademán de pasar la navaja de una oreja á otra.

Retrocedimos todos aterrados y mudos. ¿Qué habiamos de hacer? Si nos echáramos sobre él ó empleáramos cualquier demostracion amenazadora, hubiéramos visto en un instante anegado el suelo en sangre suya. Nuevamente crucé mis brazos al pecho con aire de ciega sumision.

Despues de una pausa, exclamó:

— Ya... ya...

Evidentemente complacido por una demostracion semejante de su poder, y prosiguiendo:

— ¡Obedientes, sin embargo!... bien... en eso está el mérito... Pero no obstante; ¡qué hato de cobardes!... ¡Qué! ¿á todos cuatro un solo hombre os da miedo?...

En las idas y venidas de sus frenéticas gesticulaciones, había pasado la navaja tan cerca del cuello, que con el filo había rozado levemente la piel debajo de la oreja izquierda, de la que goteaba un poco de sangre sobre sus hombros y pecho.

— ¡Sangre!... ¡sangre!... ¡Qué extraño sentimiento! ¡Cuán fria cayó en mi pecho! ¿Cómo me la hice? ¿Seguiré como había hecho al empezar? exclamó pronunciando las palabras muy despacio.

Estremeciése, con indecible gozo y asombro mio cerró deliberadamente la navaja, volvióla á su estuche, lo metió todo en la gaveta, y hecho esto, antes que nos aventurásemos á ponernos junto á él, dió con todo su cuerpo en tierra y empezó á lanzar aullidos verdaderamente espantosos; mas á pocos momentos, prorumpió en llanto gritando y sollozando como un niño. Le alzamos en brazos, suspirando él:

— ¡Ah! me habeis quitado las fuerzas atusándome el cabello... atusado... atusado como Sanson. ¿Por qué me quitásteis el arma?... Vengan los Filisteos sobre mí.

Le echamos en la cama, donde se quedó dormido. Cuando despertó, una ajustada camisola detenía el tremendo lidiar de sus miembros, cuya fuerza pareció aumentada en diez tantos: con lo cual quedaron á salvo de sus atentados su propia vida y la de los que le rodeaban. Al ver que todos sus arranques y palpitaciones eran inútiles, rechinaba los dientes, arrojaba espuma de la boca, y gritaba:

— ¡Ya me vengaré de vosotros, demonios en carne!... Sí... yo me ahogaré.

Y retenía el aliento hasta ponerse negra la cara á fuerza de seguir su intento.

Fué preciso atarle con correas á la cama, siendo sus alaridos tan lastimeros y recios, que comenzamos á juzgar oportuno trasladarle á una casa de locos, aun en medio de aquel terrible estado. Mandé raparle otra vez la cabeza, manteniéndola siempre cubierta de paños mojados en fomentos frios, dispuse que se le aplicaran vegigatorios detrás de las orejas y á la nuca, sanguijuelas á las sienas, y el uso de los remedios internos apropiados á tales casos, separándome de él despues de encargar que inmediatamente se me llamase si empeoraba.

Debí referir un poco antes que, en cumplimiento á mis ejecutivas determinaciones, las señoras, casi desmayadas del susto, se presentaron á ser conducidas silenciosamente á los cuartos contiguos, en lo cual obraron muy cuerdate; pues supóngase que hubiesen dado un grito repentino ó hecho cualquier estruendo, ¿qué habría sido de todos nosotros? ¡Ah! Jamás olvidaré aquella escena desoladora. No puedo figurarme que los mencionados por el Nuevo Testamento como «poseidos del diablo», pudiesen tener mas espantoso aspecto, ni estar mas airados en sus ademanes que lo estuvo M..., y no puedo menos de pensar que en realidad aquellos serian maníacos de la peor índole. ¿No queda un hombre transformado en demonio al punto de trastornarse enteramente su razon?

Á la mañana siguiente, al ver á M... conocí que había pasado una noche terrible, y que la sujecion de la camisola le había incesantemente atizado un furor diabólico: aparecía su lengua espantosamente mordida, y con el perpétuo esfuerzo, el blanco de sus ojos se había manchado con un color rojizo como en los hurones. Ofre-

cia un espectáculo verdaderamente lastimoso. Solo de mirarle se angustiaba de pena el corazón, y pensaba uno en aquel momento en el imponente contraste que formaba con el jovial M., quien, pocos días antes, formaba las delicias de una escogida sociedad y el ídolo de todos sus amigos.

Por espacio de dos semanas continuó en un estado precario, y aunque los parasismos de furor habían cesado ó héchose mas débiles é interrumpidos á veces con intervalos lúcidos, empecé á recelar que iba á parar en la desesperada y deplorable condicion del idiotismo. Durante uno de sus ratos de cordura, cuando por un momento el feroz enemigo aflojaba el embargo en que tenia las facultades de la víctima, M... decía cosas pertenecientes á un hecho que le era imposible conocer por sus sentidos, y que para mí fué singular é inexplicable. Estaban para dar las nueve de la mañana en el día que hizo tres del de la escena arriba descrita, cuando M..., puesto en un estado de sumo cansancio y consumimiento, apenas capaz de abrir los ojos, volvió la cabeza lentamente hácia el boticario, sentado junto á su cabecera, y le dijo en voz baja:

— Van á entrar al infeliz aquel de la casa del lado... ¡ah... ah!... ¡oh!... les ha caído uno de los travesaños del féretro... ¡ah!

El boticario y la enfermera, que le habían oído esto, se pusieron á escuchar, mas no pudieron percibir el mas leve rumor.

— Alguien ha venido, una señora, á besarle la boca antes que clavarán el ataúd... ¡Ah! temo que se abra... toda se abra.

Volvió entonces la cabeza sin muestra alguna de emoción, y en seguida se durmió. Por mera curiosidad, el boticario miró al reloj, y por subsiguiente información, resultó bastante comprobado que al tiempo de hablar el enfermo, sobre poco mas ó menos, habían estado enterando á su vecino, que había salido algo de su sitio uno de los travesaños, exponiéndose por tanto á caer el ataúd; y finalmente, cosa estupenda de contar, que una señora, parienta, segun me dijeron, del difunto, vino á besar el cuerpo, llorando amargamente sobre él. Ni el boticario ni la enfermera percibieron rumor alguno durante los preparativos del entierro á la puerta contigua, pues se había rogado encarecidamente que lo hicieran con la posible quietud, y en realidad no movieron ningún ruido. Yo no puedo conjeturar por qué extraños medios se enteró de lo que pasaba, ni si habíamos de atribuir algo á la exquisita delicadeza, á la sensibilidad morbosa de los órganos del oído; pero ¿cómo hemos de explicar la última parte de lo que profirió acerca de la señora besando el cadáver, etc.?

Otra vez, en una de sus mas plácidas disposiciones, mas no en intervalos lúcidos, instó porque yo cogiese papel y tintero para servirle de amanuense. A fin de calmarle, me presté, y escribí cuanto dictó: este manuscrito, que tengo á la vista, literalmente es como sigue:

— Yo T—M—vi... ¿qué ví? Una magnífica arboleda de plata... había *innumerables espíritus* (4) durmiendo entre las ramas (y esta es, aunque ignorada por los naturalistas, la causa del mucho estremecimiento propio del álamo temblon... esta, digo, los ruidos del roce de los espíritus al moverse), en medio de cuya alameda había un lindo sitio para estatua, y seguramente había una... pero ¡qué estatua! Transparente, de una corpulencia estupenda, y al través de ella, bajo un cielo nublado, revuelto, se descubría yéndose á pique un navío en el mar, y la tripulación sobre los naipes; pero el *buen espíritu* de la tempestad los salvó, mostrándoles la llave del universo; y una turba de tiburones con ojos asesinos quedó privada de su pasto. Mira, hombre, observa... la otra parte de la estatua... ¡qué tal! tiene una raja... Se abre... de par en par se abre una sala en tinieblas, y ahora se manifestará el *horror de los horrores*, pues atended, alguno sentándose... sentándose... en una silla poltrona... con fiero semblante... el enemigo... el enemigo... ¡Oh Dios! ¡Oh Dios, salvadme! gritaba.

Y cesó de hablar con un sacudimiento, sin resumir lo notado, pues en un instante pareció haber olvidado de todo punto cuanto dejaba dictado.

Guardé el papel, considerándole, á pesar de su extravagancia, curioso y eminentemente característico. Juzgando por la última parte, donde habla de una «sala en tinieblas con un enemigo de semblante fiero sentándose en una silla poltrona», unido esto á varias expresiones semejantes y alusiones que hizo durante sus delirios, me sentí persuadido de que su imaginación estaba embargada con alguna imagen individual de horror, que le había precipitado al furor, y asido ahora sus desarregladas facultades. Solía charlar de «espectros... espectríforme;...» é incesantemente profería las palabras... «lastimado por el espectro.» Una vez le preguntó la enfermera qué pretendía significar con aquello. Se sobresaltó y puso alterado, miró con espantosa ojeada y meneaba la cabeza exclamando:

— ¡Horror!

Pocos días despues asalarió un amanuense, á quien por de contado se impuso debidamente en la clase de sugeto con quien iba á tratar, y acabada una escena tristemente juguetona, en que M... quería rebajar la estipulación de guinea y media (150 reales) por semana á *media corona* (10 reales), cerró el ajuste en *tres guineas*, diciéndole con instancia que se colocara al lado de la cama á fin de poder sentar palabra por palabra cuanto profiriese. M... anunció que iba á dictar una *novela*.

(1) Las palabras escritas de cursiva lo fueron á instancias de M...

En verdad habría sido menester la pluma de un veloz escribiente para seguir la pronunciación del desdichado M..., pues él deliraba de un modo maravilloso y con una serie, como casi superfluo es advertir, de absurdos incoherentes. En realidad había inconcebibles disparates, rapsódicos desvarios por el estilo de Maturín, llenos de cavernas, tumbas, espectros, diablos, mágicos, y salpicados algunos pensamientos de poesía verdadera. Lástima daba el leerlos; y viendo su amanuense la imposibilidad de escribir á la par que hablaba, entendió una seña nuestra, y en lugar de hacer letras, únicamente corría la pluma por el papel, garrapateando toda especie de líneas desiguales y figuras que remedaban un escrito. M... nunca le pidió leer otra vez, ni exigió verlo por sí mismo; pero luego que hubo unas cincuenta páginas, dictó el título, señaló el precio de los volúmenes y su número en *cuatro*, exclamando entonces:

— Bien... gracias á Dios... al fin salió de mi mente.

Despues nunca recordó mas esto; y todo al cabo de algunas semanas fué entregado á las llamas por su hermano.

Sin embargo, M... no había despedido aun el amanuense, sino que empleaba sus servicios en la ocupación absolutamente diversa de lector. Milton fué la obra escogida, de la que se llegaron á leer unos nueve libros, interrumpiendo M... perpétuamente con comentarios, á veces excesivamente estrambóticos, de cuando en cuando muy lindas y tolerables cosas; todo lo cual formaba una ilustración bien interesante de aquella hermosa sentencia de Horacio:

Quod semel est imbuta recens, servabit odorem
Testa diu.

EPIST., Lib. I, Ep. 2, 69-70.

Como ningunos visos había de un pronto recobro del uso de sus potencias racionales, se le trasladó á un establecimiento particular, donde por mas de seis meses le estuve asistiendo periódicamente. Quedó reducido á la condición de un asimplado idiota, á una completa fatuidad, que de compasión despedazaba el alma. ¡Cuán deplorable era contemplar á un hombre de superior entendimiento hecho presa del furor!

El doctor Johnson era bien conocido por el particular horror que profesaba á la locura, de la que decía:

— Dios mio, affigidme el cuerpo con cuantos tormentos queráis; pero *dispensad mi razon*.

¿Quién no unirá su plegaria á la de este escritor?

(Se continuará.)

El cerrajero de Filadelfia.

No há muchos años que en la pacífica ciudad de Filadelfia vivía un artesano hábil y honrado, llamado Amos Sparks, de oficio cerrajero. La naturaleza le había dotado de una aptitud especial para la profesión que había abrazado. No solo era habilísimo en la fabricación de las varias máquinas consideradas en América propias de la cerrajería, sino que llevado del anhelo de conocer á fondo todas las dificultades de este ramo, se había esmerado tan ahincadamente en vencerlas, y lo había logrado en términos, que su ingeniosa destreza era el pasmo de todos los vecinos para quienes trabajaba habitualmente, y de cuantos, así en el pueblo como en la comarca, se interesaban en los progresos de la mecánica. Había en su almacén cerraduras impenetrables para puertas, cajas, armarios, etc.; y por otra parte ninguna cerradura fabricada por otro artesano podía ocultar su secreto resorte al ojo perspicaz é inteligente de Amos Sparks.

Bien así como suele suceder entre los hombres sobresalientes en oficios y profesiones, Amos vivía en la pobreza; y á pesar de su industria y prevision como jefe de una familia escasa y criada en la frugalidad, todos sus conatos solo habían logrado proporcionarse un mediano pasar, sin atesorar riquezas. Así es que la pobreza de Amos Sparks era tan notoria como su habilidad y virtud. No obstante, como su trabajo diario bastaba para la manutención de su familia, seguía siempre estudiando su oficio y vivía contento.

Sucedió que el curso del otoño del año 48..., un comerciante de la ciudad cuyas relaciones eran bastante extensas, y que había pasado gran parte de la mañana hablando de negocios en el muelle y á bordo de sus buques, fué corriendo á su escritorio, preocupado con el pensamiento del reembolso que había de verificar aquel día en el Banco de Filadelfia, cuando con gran sorpresa suya, echó de ver que había perdido la llave de la caja.

Despues de infructuosas y vanas pesquisas, creyó que la había perdido en la calle al sacar el pañuelo de la faltriquera, ó que quizás había caído en el agua al ir á bordo. ¿Pero qué partido había de tomar? Era ya la una dada, el Banco se cerraba á las tres, y no había tiempo para ir á buscar en otra parte el dinero que había de entregar. En tal apuro, acordóse del pobre cerrajero, pues conocía la habilidad de Amos Sparks, y mandó á un dependiente suyo á llamar á este artesano, quien llegó poco despues con sus instrumentos.

A los pocos minutos quedó abierta la caja, y el comerciante contempló con miradas satisfechas el cofre donde yacían los billetes de banco en compañía de millares de

pesos, manifestando el regocijo que le cabía con haber podido resguardar su nombre de todo asomo de sospecha de parte del Banco, como infaliblemente hubiera acontecido, si no se hubiese podido abrir la caja á tiempo para pagar antes de las tres.

Dispuesto á recompensar generosamente el servicio que acababa de hacerle Amos, metió la mano en el bolsillo y le preguntó:

— ¿Cuándo he de daros?

— Cinco dollars, contestó Sparks.

— ¡Cinco dollars! ¡Cómo! ¿Estais loco, buen hombre? Apenas habeis empleado cinco minutos en esta faena. Tomad (todo su reconocimiento había quedado ahogado por un movimiento instintivo de mezquindad mercantil); heos aquí cinco chelines.

— En efecto, repuso el artesano sin inmutarse, poco tiempo me ha bastado para abrir la caja; pero hágame usted cargo que he necesitado muchos años para aprender á hacer este trabajo en cinco minutos. La visita de un médico tal vez no dure uno; y ¿deberáse por esto disputársele la utilidad de sus servicios, cuando ya no son necesarios? Y aun en este caso, recibirá él una retribución mayor que mi salario, á pesar de haberle yo salvado á Vd. el honor, que es la segunda vida del comerciante. Ya lo veo, Vd. quisiera regatear el precio de mi habilidad como regatea en el mercado el de cualquiera mercancía, segun el valor que se le antoja á usted darle.

— ¡El valor que se me antoja darle! dijo el comerciante con desdeñosa sonrisa, pues bien, el de vuestro trabajo queda suficientemente pagado con cinco chelines; á este precio me hubiera sido fácil proporcionarme otra llave, ó finalmente hallar la que he perdido.

— No hay duda; pero ¿hubiera Vd. tenido la una ó recobrado la otra antes de cerrarse el Banco? Si yo hubiese querido comprometerle á Vd. prevaleiéndome de lo avanzado de la hora y de la apurada situación en que le hubiera puesto cualquier retardo, ¿no hubiera podido exigirle una suma mucho mas crecida? Y entonces se hubiera Vd. tenido por muy dichoso en darme, á falta de otro medio, el doble de lo que ahora le pido.

— ¡El doble de lo que pedís! No hay remedio, este hombre está loco. Tomad, heos aquí cinco chelines, dijo el comerciante, alargándoselos con aquel aire que indica bien á las claras que el rico puede hollar al pobre impunemente. Si no quereis recibirlos, no importa, cuando os parezca podeis citar me para el pago ante el tribunal: mi tiempo es harto precioso para perderlo en estas bagatelas.

— En mi vida he hecho comparecer á nadie ante el juez, respondió Sparks; he experimentado sobradas pérdidas para no haberme acostumbrado á sufrir; pero, añadió (cediendo la blandura habitual de su carácter á la indignación producida por el agravio), Vd. es rico, Vd. puede pagar; y ya que de este modo agradece el servicio que le he hecho, aunque no quiera, me pagará.

Al decir estas palabras bajó con viveza la cubierta de la caja, oyéndose en el mismo instante el ruido que hacía el pestillo de la cerradura al volver con violencia á su lugar. El oro y los billetes de banco desaparecieron como desaparecen en la fábula los tesoros mal adquiridos al tocarlos la hechicera con su varita.

El comerciante quedó petrificado, clavó una mirada de asombro, primero en Amos y despues en el reloj; las agujas, que señalaban las tres menos veinte minutos, le pareció que adelantaban con una celeridad no acostumbrada. ¿Qué había de hacer? Al principio había probado de enojarse; mas ¿qué lograría con esto? Amos le dijo que si tenía algun motivo de queja contra él, cuando le pareciese, podía acudir á la justicia; que por lo demás, su tiempo era harto precioso para perderlo en bagatelas. Y con la mayor tranquilidad volvió las espaldas dirigiéndose hácia la puerta del escritorio.

Llamóle el comerciante: no había que andarse en rodeos; el tiempo urgía, y su crédito iba á quedar en descubierta. La ciudad toda diría que la pérdida de la llave solo era un pretexto para ganar tiempo y porque su caja estaba vacía; vióse pues en la necesidad de someterse humildemente á las exigencias de su situación.

— Tomad, dijo á Sparks presentándole cinco dollars, tomad vuestro dinero, y no haya entre los dos mas palabras.

— No, dijo el cerrajero, ahora exijo diez dollars; pues de no, llevaría Vd. sobrada ventaja á un pobre hombre; á mas de que abriendo de nuevo la caja, voy á darle á usted una lección que bien merece su salario. La intención de Vd. era, no solo privarme de lo que se me debe legítimamente, sino empeñarme además en un pleito, cuyo resultado mas probable hubiera sido mi completa ruina. En adelante, en sus relaciones con el pobre, jamás se envanecerá Vd. de sus riquezas sin acordarse de Amos, el cerrajero; y estos cinco dollars que le pido de mas para repartirlos entre los indigentes, tendrán por resultado, si Vd. tiene memoria, evitarle mas de un motivo de arrepentimiento.

Esta especie de homilia, que, pronunciada en tono muy sosegado, no dejaba traslucir al comerciante esperanza alguna de acomodamiento, había absorbido uno ó dos minutos de un tiempo que á cada instante iba haciéndose mas precioso. Contó pues precipitadamente los diez dollars, que Amos examinó cuidadosamente uno por uno, como para cerciorarse de que no era moneda sospechosa, y los metió en el bolsillo.

— ¡Pronto, pronto! dijo el comerciante; por amor de Dios, despachad; por cincuenta dollars no quisiera que se cerrara el Banco antes de haber yo efectuado mi reembolso.

— Lo creo muy bien, fué lo único que con mucha

gravedad contestó el cerrajero. Como no era malvado ni vengativo, se dió por satisfecho con el castigo que acababa de imponer al codicioso comerciante: así que se dió prisa y abrió la caja, dejando á su propietario el tiempo exactamente preciso para tomar la suma y correr al Banco, adonde llegó pocos minutos antes de que se cerrase.

Apenas habia trascurrido un mes desde este acontecimiento, cuando se cometió un robo de 50,000 dollars en aquel mismo Banco; habiáanse roto los barrotes de una ventana de un modo que no dejaba la menor duda acerca de la mucha intrepidez y destreza del ladron; veíanse varias señales que denotaban mucha habilidad en el arte de cerrajería. Enviáronse dependientes de policía por toda la ciudad y cercanías; pero sin que lograsen descubrir el menor vestigio del reo. Todos los vecinos de Filadelfia que tenían algo que perder se convencieron de cuán temible debía serles una visita de los atrevidos y diestros bribones que se ocultaban en la vecindad; así fué que todos se creyeron interesados en favorecer en cuanto estuviese en su mano la captura del malhechor.

Finalmente, algunas de las sospechas fueron á recaer contra Amos; mas su pobreza y conocida honradez las desvanecieron al cabo enteramente.

Sin embargo, la anécdota de la caja y de su abertura, que hasta entonces habia tenido oculta el comerciante por su propio honor, y que Amos por su parte tampoco habia divulgado, pues olvidaba fácilmente los agravios recibidos y era poco inclinado á hacer reir al público á costa del que intentara perjudicarlo; aquella anécdota, digo, empezó á cundir entre los vecinos. El comerciante, llevado del diabólico anhelo de vengarse, lo habia divulgado de modo que la noticia de aquella anécdota llegó imperceptiblemente á oídos de los directores del Banco de Filadelfia, pero acompañada de muchas variantes y de adiciones exageradas.

Amos creyó notar al cabo de algun tiempo que muchos de sus vecinos le miraban de un modo singular, y que en sus relaciones con él se echaba de ver algo de extraño é inexplicable. No dejó de advertir que dos de aquellos mismos vecinos que tenían la costumbre de ir

á verle casi todas las tardes, no habian parecido desde algunos dias. Pero no sospechando que tuvieran un motivo razonable para romper con él, no se detuvo particularmente en aquellas observaciones.

En tales casos, el interesado es siempre el último en saber la noticia que ha de causarle cruel afliccion. Así fué que el primer aviso que recibió el cerrajero de las sospechas que rodaban tempestuosamente sobre su cabeza, le fué comunicado por un empleado de policía que entró en su casa, seguido de una numerosa cuadrilla de esbirros, para registrar toda la habitacion.

El asombro y un profundo disgusto fueron los primeros efectos que causó en Amos y los suyos este acontecimiento. ¡Qué golpe para aquella numerosa familia, que, en el seno mismo de su humilde pobreza, habia sabido hallar la felicidad en el buen nombre de que gozaba, tesoro que estimaba en mas que todos los bienes terrenos! El solo robo de seis *peniques* era en su concepto una accion tan ruin que ninguno de ellos se hubiera jamás atrevido á arrostrarla. ¡Pero 50,000 dollars! La inmensi



TEATRO DE LOS BUFOS PARISIENSES. — *La Princesa de Trebisonda*, acto III, escena VI. — (Véase la *Revista de Paris*.)

dad de esta suma, agregada á la desazon que les causaban las sospechas, les causaba un terror indecible.

Mientras duró la visita, sus cuerpos trémulos formaban un grupo enternecedor, que no se separó hasta que el encargado de dirigir el registro manifestó que estaba satisfecho, y que nada se habia encontrado que pudiese comprometerles. Entonces fué cuando comenzaron á ensancharse sus corazones, entonces cuando empezaron á examinar con calma las circunstancias que debían turbar quizá para siempre la seguridad y profundo sosiego de que habian gozado hasta el momento de la fatal visita.

— ¡Valor, amigos míos! exclamó Sparks, que fué el primero en recobrar la tranquilidad de alma que formaba el fondo de su carácter; valor, todo irá bien; es imposible que estas sospechas no se desvanescan. Una vida honrada y laboriosa alcanza siempre su recompensa. Tal vez en mi industria ó en la destreza que en ella he adquirido á costa de una larga práctica, hay algo que ha inducido á ciertos hombres crédulos ó inconsiderados, y sobre todo á los malvados, si para algo han figurado en este asunto, á volver sus miradas hácia nuestra pobre mo-

rada. Con todo, los verdaderos autores del robo no pueden tardar en ser descubiertos, porque un crimen tan abominable tendrá todos los ojos alerta; y en el caso nada probable de que el criminal permaneciese oculto por mas tiempo, nuestros vecinos, que nos verán ocupados como de costumbre, sin que puedan notar en nuestro exterior señal alguna que les indique riqueza, sin que nos vean hacer gastos superiores á lo que nos permite nuestra condicion; nuestros vecinos, que se acordarán de los muchos años que hemos vivido en este mismo estado de templanza y laboriosidad, sin que haya podido achacársenos la mas leve falta de probidad ó de conducta, nuestros vecinos entonces tendrán sentimientos mas justos, pensarán mejor de nosotros, y la ciudad entera nos restituirá el aprecio que no hemos dejado de merecer.

Este razonamiento, lleno de sensatez, fué un bálsamo para el dolor de aquellos desventurados, porque en efecto, era imposible discurrir nada mas cuerdo que los pronósticos del cerrajero. Sin embargo, ya le amagaba una serie de pruebas y tribulaciones, de angustias y de esperanzas frustradas, cuya extension no le hubiera sido

fácil, no diremos predecir, pero ni adivinar siquiera.

Llenos de despecho los directores del Banco en vista del mal éxito de sus pesquisas, enviaron á uno de ellos, precisamente al comerciante de la caja, á casa de Amos á fin de entablar negociaciones. Ofrecíanle una gruesa suma de dinero, asegurándole que en lo sucesivo no se haria ninguna gestion contra él, con tal que restituyese lo robado, y nombrase á sus cómplices, caso que los hubiese.

En vano protestó Amos de su inocencia; en vano expresó todo el horror que le inspiraba la idea de aquel crimen; el comisionado del Banco le hizo burla de su pretendida honradez, y le amenazó con las resultas que necesariamente habia de traerle aquel negocio, si no accedía á sus proposiciones.

(Se continuará.)